Serie terror
THANATOS

NOVELA INEDITA

Burton Hare

Cabezas cortadas

EDICIONES FORUM

ASTRI

A

TERROR

BURTON HARE

CABEZAS CORTADAS

CABEZAS CORTADAS

CABEZAS CORTADAS

© BURTON HARE
Texto

©
Cubierta

1.ª edición: diciembre de 1991
1.ª edición en América: junio de 1992

Esta publicación es propiedad de
EDITORIAL ASTRI, S.A.
Apto. Correos 96008 - BARCELONA

ISBN:
Depósito legal:

Imprime GIESA
Tel. 218 12 00
08006 Barcelona

Printed in Spain - Impreso en España

CAPITULO 1

Bill Moore acabó de subir las escaleras y se detuvo en el rellano, jadeando como un fuelle. Pensó una vez más que las malditas escaleras serían la causa de su muerte y rezongó una maldición.

Quienes le conocían decían que la causa de su muerte sería el alcohol, y era muy probable que fueran ellos quienes tuvieran razón, porque el señor Moore, esa noche, apenas se sostenía sobre los pies.

Le costó un buen rato introducir la llave en la cerradura, porque la condenada puerta parecía moverse, como si oscilara atrás y adelante, hurtándole el agujero de la cerradura a cada intento.

Al fin logró que la llave quedara inserta en su lugar y abrió la puerta. Tanteó la pared y encendió la luz, mascullando entre dientes.

Cerró y, dando traspiés, se encaminó a la cocina. Llenó un vaso hasta la mitad con los restos de una botella de *whisky*, tiró esta a la basura y regresó sobre sus pasos.

Dejó el vaso con cuidado sobre la mesa. Luego, en medio de la turbulencia de su borrachera, arrastró una silla y se dejó caer en ella como si de repente las piernas se negaran a sostenerle por más tiempo.

Bien, allí estaba. La silla, el vaso y las paredes que le cobijaban cuando la niebla y el frío le arrojaban de las calles.

Tomó el vaso y sorbió un poco de *whisky*. Era preciso dosificarlo. No quedaba más y él lo sabía.

Le dio unas cuantas vueltas en la boca antes de engullirlo. Echó la cabeza atrás y cerró los ojos lleno de delicia.

Eso estaba bien. No había nada en este mundo mejor que el *whisky*.

Abrió los ojos y volvió a dejar el vaso sobre la mesa. Allí estaba más seguro que entre sus dedos.

Entonces vio las manchas.

Primero se alarmó sobremanera, porque tuvo la terrible idea de que había derramado parte del precioso licor.

Luego se tranquilizó.

Las manchas eran de un rojo pardusco. «El *whisky* no tiene ese color», se dijo, aliviado.

Pero las manchas estaban allí, sobre la mesa. Muy extraño… Parecían de pintura rojiza, solo que él no tenía pintura en todo el piso.

Mientras estaba mirándolas, intrigado, apareció una nueva en

medio de las demás.

Bill Moore comenzó a preocuparse. Otras veces había estado más ebrio que en esta ocasión y no había tenido visiones de ningún tipo, y mucho menos algo tan absurdo como manchas rojas apareciendo sobre su mesa como por encanto.

Soltó una risita de beodo. Era curioso que tuviera visiones tan tontas.

De pronto otra mancha surgió sobre la mesa. Casi saltó de la silla, porque esta era más grande que las demás y ahora estaba seguro de que un segundo antes no estaba allí. Las manchas nacían en la mesa y el señor Moore, a pesar de estar borracho, sabía que eso era imposible.

¡Plaff!

Otra mancha, ésta más a la izquierda de las otras.

Apartó precipitadamente el vaso. No fuera caso que desapareciera…

Lo vació de un trago y el latigazo del alcohol casi le tiró de espaldas.

Había que hacer algo. Aquello no podía sucederle a él. Alguna que otra vez había oído hablar de delirium tremens y otras zarandajas, de visiones horripilantes producidas por el estallido final del alcoholismo…

Pero unas simples manchas no tenían nada de terrible, solo eran algo ridículo.

Ahora parecía que la mesa se había vuelto loca. En un momento habían surgido cuatro o cinco manchas más, cada vez mayores.

Apartó la silla y se levantó dando bandazos. Eso ya era demasiado… Iba a quedarle la mesa perdida…

Retrocedió sintiendo una suerte de repeluzno en la piel. A pesar de todo, de sus esfuerzos por razonar, un extraño temor comenzaba a invadirle, un temor casi supersticioso.

Sacudió la cabeza y parpadeó furiosamente con la esperanza de que al volver a mirar a la mesa las manchas ya no estuvieran allí.

Sólo que sí estaban. Y ahora había incluso más.

Emitió un quejido. ¿Estaría volviéndose loco?

Paso a paso volvió a aproximarse a la mesa. Su mano temblaba cuando tanteó con un dedo la más grande de las manchas.

El dedo le quedó manchado, y en el instante de retirarlo surgió una mancha roja sobre el dorso de su propia mano. Esta vez dio un grito y se apartó tan aprisa como le permitieron sus inseguras piernas.

Miraba su mano como alucinado. La pintura roja era líquida, tibia, y durante unos instantes incluso se agrandó un poco por entre los pelos hirsutos. No podía creerlo.

El temor supersticioso que le invadía hizo que parte de los turbios vapores del alcohol se esfumaran.

Luchó por pensar con lucidez, aunque eso era un tanto problemático con el cerebro nadando en *whisky*.

No obstante, al fin levantó la cabeza y miró al techo de viejas tablas de madera.

Allí estaba la fuente roja.

Por entre las tablas, gota a gota, el líquido rojo caía una y otra vez sobre la mesa.

Ahora, el oscuro temor del señor Moore se tornó en franca ira.

El maldito escultor o pintamonas que ocupaba el estudio del piso de arriba le estaba arruinando la mesa…

Casi echó a correr hacia la puerta. Iba a oírle… ya había discutido con él en otras ocasiones, cuando organizaba alguna de sus orgías, o aquelarres desquiciados y no le dejaban pegar ojo. Ahora le diría un par de cosas.

Subió el tramo de escalera que terminaba justamente delante de la puerta del estudio. Había una débil luz encendida dentro y la puerta no estaba cerrada.

—¡Eh, usted! —gritó el señor Moore.

No hubo respuesta. Golpeó la puerta con el puño, dispuesto a mostrarse mucho más enérgico que en las ocasiones precedentes, pero tampoco le hicieron el menor caso.

—¡Maldito sea, sé que está ahí! Salga o entraré yo.

Le respondió el más absoluto silencio.

Aspiró hondo, tomó impulso y dio un puntapié a la puerta.

Tras esto entró.

El estudio era reducido, excepto la pieza central que servía de taller al barbudo escultor que ya conocía.

Había distorsionadas figuras de barro aquí y allá, esbozos de obras que escapaban al entendimiento del señor Moore. Ninguna tenía la menor semejanza con nada que el conociera.

Extrañas pinturas decoraban las paredes. Pinturas sombrías, con escenas de un horror demoníaco según pensó.

—¿Dónde está usted, maldita sea? ¡Salga!

Su voz retumbó entre las paredes, pero tampoco obtuvo ningún resultado práctico.

Avanzó cautelosamente. Las deformes esculturas o esbozos que le rodeaban casi le obsesionaban dentro de su fealdad. Eso no era escultura ni era nada…

Excepto la que estaba sobre el caballete giratorio de modelar.

El señor Moore abrió la boca pero ningún sonido brotó de su garganta. Jadeó, ahogándose de espanto.

Aquella sí era una cabeza reconocible, perfecta.

Era la cabeza del escultor.

Sólo la cabeza, colocada sobre la plataforma redonda del

caballete. La sangre chorreaba hacia el suelo y se deslizaba también por las patas del mueble. Una rendija en las tablas del suelo parecía bebería con ansia.

El señor Moore recobró la voz cuando retrocedía dando traspiés. Empezó a chillar y, dando la espalda a la horrible visión de la cabeza cortada, se apoyó en el quicio del portal. Ahora las náuseas le sacudieron, como golpes en la barriga.

Vomitó, lloriqueando. Eso quizá sí fuera producto del temido delirium tremens y algo habría que hacer. Dejar el whisky, dejar de beber…

Porque no podía ser real lo que viera un instante antes.

Aquel horrendo despojo solo era producto de su mente.

Despacio, temblando y ahogando las náuseas y los gritos, ladeó el cuello.

La cabeza cercenada continuaba donde la viera. La sangre seguía cayendo y desparramándose sobre las tablas del suelo.

Echó a correr dando bandazos. Nunca supo cómo logró llegar a su piso sin romperse el cuello en los peldaños, pero lo consiguió y allí una vez más fue presa del horror, porque ahora la mesa era toda ella un charco rojo.

No podía quedarse allí, con toda aquella sangre… había que hacer algo, pedir ayuda…

Llamar a la Policía.

Eso era, claro.

Volvió a la escalera y bajó casi dando tumbos, hipando, gruñendo como un animal acorralado.

En el último tramo sus piernas le fallaron y lo bajó rodando, para estrellarse en el oscuro zaguán. Con agudos dolores en todo el cuerpo se arrastró hasta la calle inundada de niebla.

Se quedó tirado en la acera, jadeando, sin fuerzas y lleno de dolor. Probó a gritar para pedir socorro, pero la voz fue solo un sordo quejido.

Después oyó los pasos entre el manto de niebla.

—¡Socorro! —chilló.

Los pasos se apresuraron un poco más. En medio de la densa oscuridad brilló el relámpago de una linterna y unos pies grandes, calzados con zapatones negros, se detuvieron junto a su cara.

La luz le inundó. Una voz sombría dijo:

—Bueno, señor Moore, siempre supe que algún día habría de recogerle del suelo. ¿Por qué infiernos no deja de beber? Vamos, le ayudaré a llegar a su apartamento…

—¡No…!

—¿Por qué no?

—La cabeza… toda la sangre…

El policía se acuclilló a su lado, sorprendido. Era el guardia de servicio en el barrio y conocía muy bien a sus habitantes.

—¿De qué demonios está hablando, hombre? Hoy la ha pillado peor que de costumbre.

—No… no entiende…

Su voz se quebró.

Se había desmayado.

El guardia lo levantó sin mucho esfuerzo y echó a andar hacia el negro zaguán.

Minutos después era él quien salía zumbando en busca de un teléfono como si le persiguieran todos los diablos del infierno.

Así empezó la pesadilla.

CAPÍTULO 2

El inspector Grant se volvió hacia el agente echando chispas.

—¿Cuánto tiempo estuvo usted fuera, después que hubo descubierto la cabeza cortada?

El espantado policía balbuceó:

—Unos minutos…; los justos para llegar al teléfono de la esquina. Informé y regresé inmediatamente.

—¿Subió usted aquí?

—No, me quedé abajo, en el piso del señor Moore. Había recobrado el conocimiento y quise hacerle unas preguntas.

—¿Y no oyó ningún ruido encima de su cabeza hueca?

El agente tragó saliva.

—Nada, señor.

El inspector declaró:

—Pues alguien estuvo aquí, agarró la cabeza y la tiró por la ventana al río. Lo mismo que haría con el cuerpo, imagino…; hay sangre en el alféizar.

Volvió a asomarse al ventanal abierto. La niebla era densa como un muro de piedra, impidiendo ver nada a dos palmos, pero allá abajo chapoteaban las sucias aguas del río, lamiendo las casas y llenándolas de humedad.

El inspector Grant volvió junto al caballete. La sangre empezaba a secarse y contempló durante unos momentos el trabajo de los expertos que habían llegado solo un minuto después que él.

—¿Está seguro de que no vio el cuerpo decapitado por ninguna parte cuando subió la primera vez?

—Seguro, señor. Sólo la cabeza, ahí encima.

—Debieron arrojarlo antes y la llegada de ese borracho les interrumpió… O quizá no, quizá dejaron que alguien viera la cabeza, pero que me ahorquen si puedo imaginar por qué… Y todas esas pinturas. También son como para preocuparse.

El agente paseó la mirada por los cuadros sin marco colgados en las paredes. Eran en verdad escenas pavorosas representando extraños tormentos infernales, obscenas escenas de horror sobre fondos oscuros, tétricos, en los que se adivinaban, como difuminadas en las tinieblas, figuras demoníacas inspiradas por una mente desquiciada.

Uno de los peritos que «levantaba» huellas por todo el estudio dijo de pronto:

—Pues esos libros también son como para tenerlos en cuenta, inspector.

Grant se aproximó a la estantería. Soltó un taco y repasó uno a uno los títulos de la mayoría de volúmenes que se amontonaban sin orden ni concierto.

—Vaya una afición…: todo son tratados de demonología, brujería, ciencias ocultas, parapsicología… Fíjese en ese título: La vida y el poder del Rey de las Tinieblas. ¿Será la biografía de Satanás, eh, qué opina, Merriot?

El aludido se encogió de hombros.

—Hay chiflados en cualquier parte —rezongó—. Personalmente prefiero una novela de misterio.

—Examínelos uno a uno, solo para ver si hay alguna carta entre sus páginas, o notas escritas. Yo estaré en el piso de abajo. Ocúpese de que tan pronto amanezca rastreen el río. Ni el cuerpo ni la cabeza pueden haber ido muy lejos.

Se fue, seguido del aturullado agente que había dado la alarma.

Bill Moore estaba tendido en la cama, alelado, mirando al techo con ojos alucinados. Quizá esperaba ver gotear otra vez la sangre por entre las viejas maderas de la no menos vieja casa.

—Bueno, señor Moore, espero que ahora podamos hablar con más calma. ¿Se encuentra usted bien?

—Fatal…

—Claro.

—Pero intentaré ayudarle… Cada vez que recuerdo ese horror, ahí, encima de mí…

—Lo comprendo. Para empezar. ¿Conocía usted a su vecino?

—¿Al escultor? Le había visto un par de veces. Era joven, barbudo y estaba chiflado.

—¿Por qué cree que estaba chiflado?

—Porque lo estaba. ¿No ha visto usted lo que moldeaba? Nadie en su sano juicio… Y los cuadros. ¿Usted colgaría en su casa esas cosas horrendas, señor? Yo, por supuesto que no. Y después, los escándalos. Cuando se reunían era el delirio.

—Vayamos por partes. ¿Cómo se llamaba, lo sabe?

—Dunhill o algo así, no estoy seguro. Escuche, las únicas veces que le vi y hablé con él fue a causa de esos escándalos. Hombres y mujeres, bebiendo, cantando, riendo hasta las tantas de la madrugada. O entonando extraños cantos que le ponían a uno la piel de gallina. Le digo que están locos de atar.

—¿Había visto alguna vez a los que se reunían con él?

—No, nunca. Sólo les oía en las escaleras, o en el piso cuando

estaban entregados a sus bacanales.

—Además de esas bacanales, ¿les oyó discutir alguna vez, o pelearse a gritos?

Bill Moore lo pensó detenidamente. Sacudió la cabeza al fin.

—No creo… Gritaban muchas veces, pero no para pelearse sino para fastidiarme a mí. Y en ocasiones entonaban extrañas melopeas sin sentido… como si celebrasen algún rito, ¿entiende? Algo indignante, créame, señor. No me dejaban pegar ojo en toda la noche…

—Ya veo.

El inspector dio media vuelta y se encaminó a la puerta después de mascullar una despedida.

Allí despidió también al agente de guardia y él subió al estudio del escultor decapitado.

El sargento Merriot estaba revolviendo los libros.

—¿Ha encontrado algo, Merriot?

—Nada, señor. Hay alguna que otra anotación junto a algunos párrafos, pero nada que interese.

—Siga buscando.

Los peritos terminaron con su trabajo, recogieron sus bártulos y se dispusieron a largarse.

—Hay huellas digitales a montones —dijo el experto—. De hombres y mujeres y en todas partes. Cuando haya sacado fotos de cada juego «levantado» se las enviaré a su despacho, inspector.

—Está bien.

Se quedó solo en compañía de Merriot. Miró en torno, a las delirantes esculturas, a los horrendos cuadros, a los viejos muebles deslucidos.

Abrió algunos cajones y volvió a cerrarlos. Dio un vistazo a los papeles que encontraba sin que ninguno le ofreciera la menor pista para lo que quería hallar.

Luego, sobre un pequeño estante, vio algunos sobres sin usar, un par de postales con fechas casi de un año atrás y un pequeño cuaderno de notas.

Esperanzado, examinó sus páginas.

—Bien, ya tenemos algo por dónde empezar. Aquí hay nombres y direcciones de hombres y mujeres. Quizá sean los compañeros de ese desgraciado tipo.

—Muy bien, señor. ¿Por cuál empezamos?

—Lo mejor será reunirlos a primera hora de la mañana. Primero hablaremos con ellos por separado, y después veremos sus reacciones con un interrogatorio en grupo. A veces esa táctica da resultado.

—¿Puedo decirle algo, señor?

—No veo que haya nada que lo impida…

—No creo que este sea un caso tan fácil.

—¿Por qué no habría de serlo? Hemos resuelto otros más embrollados desde el principio.

—No sé… Hay algo muy extraño en este juego macabro del cuerpo y la cabeza desaparecidos con tanto tiempo de intervalo. Y la atmósfera de este lugar también me preocupa. Es… es algo diabólico, aunque no sé cómo explicarlo.

—¿Lo dice por esos cuadros?

—Por todo, señor.

—Bueno, no empiece a creer en brujas usted también. Vámonos de aquí, Merriot, y precinte la puerta.

—Bien, señor.

El estudio quedó desierto, sumido en tinieblas. En medio de la densa oscuridad parecía flotar la siniestra sombra de la tragedia.

CAPÍTULO 3

El estampido de un trueno despertó a la chica, si bien en los primeros instantes no reaccionó. Ni siquiera se movió.

Después, perezosamente, abrió un ojo. Vio la débil luz del alba abriéndose paso a través de las cortinas de la ventana. Mientras estaba mirando un relámpago culebreó recortándola un fugaz instante.

Más allá de la ventana no había otra cosa que lluvia y niebla.

Suspiró y cerró el ojo, relajándose placenteramente, desnuda bajo las sábanas. Entonces advirtió la presión en torno a su cuerpo, el peso encima de su estómago y algunas ideas empezaron a agitarse en su mente embotada por el sueño.

Ladeó la cabeza y esta vez abrió los dos ojos. El hombre que dormía a su lado, casi pegado a ella, respiraba pausada y acompasadamente. Su cabello revuelto era negro como ala de cuervo, y dormido parecía tranquilo y pacífico.

Bueno, ella sabía que de tranquilo, nada. Sonrió. Él tenía el brazo pasado sobre su estómago y el contacto era cálido y confortante.

Se durmió otra vez.

Mucho más tarde fue él quien despertó, aunque sin acabar de emerger del sueño profundo en que estuviera sumido. Dejó pasar el tiempo saboreando esos minutos en que uno se mece entre la consciencia y el sueño, como flotando en la nada, ajeno a todos los problemas de este mundo.

Después advirtió el primer problema. La muchacha pegada a él.

La miró largamente, recreándose en la tranquila belleza del rostro dormido, en la perfección de sus facciones; los cabellos como hilos de oro desparramados por la almohada. Pensó que era un hombre afortunado.

Inclinándose sobre ella la besó ligeramente en la boca y murmuró:

—Buenos días, ángel.

Ella parpadeó. Sonrió y solo dijo:

—Hola, búho.

El volvió a besarla. Su boca era suave y caliente, y de repente pareció despertar también a la caricia y devolvió el beso con intereses.

Luego, como una queja, exclamó:

—¡Ya empiezas otra vez! ¿Es que nunca te cansas?

—¿De qué estás hablando?

—Olvídalo. Estoy muerta.

—Un masaje y te dejaré como nueva…

—¡Tú, sátiro, quita las manos de ahí! Aún no hemos desayunado siquiera.

—¿Qué tiene que ver una cosa con otra?

Ella echó la cabeza atrás y le contempló con chispas en los ojos.

—¿De veras quieres otra vez?

—Bueno, sería una manera estupenda de empezar el día, digo yo.

—Qué cosas… Debo haber perdido la chaveta.

Pero le echó los brazos al cuello y ahora fue ella quien tomó la iniciativa, estrellando los labios en su boca, replicando a la dulce agresión de su lengua casi con furor. Dio un puntapié y la sábana salió volando.

Aquello era bueno. Era la cima de la vida y sintió tentaciones de gritar cuando el fuego del deseo estalló en todas las fibras de su hermoso cuerpo. Realmente, iba a ser todo un despertar.

Entonces alguien llamó a la puerta. El timbre sonó una y otra vez, implacable, hasta que él apartó la cabeza y gruñó:

—Gente más inoportuna…

—¿Esperabas a alguien a estas horas, corazón?

—Una chica.

—¿No tienes suficiente conmigo?

—Era solo para variar.

Saltó de la cama en el momento en que alguien aporreaba la puerta con los nudillos.

—¡Esperen, van a echarla abajo…! —rezongó, envolviéndose con una bata ante la irónica mirada de la muchacha.

Fue a la puerta rezongando. La abrió de un tirón y se encontró con dos hombres que le miraron de arriba abajo antes de hablar.

Uno dijo:

—Soy el inspector Grant, de Scotland Yard. Mi acompañante es el sargento Merriot. ¿Podemos pasar?

—Claro, no faltaba más. ¿Qué es lo que pasa, no les gustó algo de lo que he escrito últimamente? No recuerdo haber dicho nada tan malo de la Policía que no lo hayan dicho peor los periódicos.

—A estas horas de la mañana mi sentido del humor no está en su mejor momento —masculló el inspector—. ¿Es usted el señor Shanon, Steve Shanon?

—Seguro.

Cerró la puerta y se volvió.

Los dos policías estaban examinando cuanto les rodeaba. Las grandes estanterías llenas de libros, los cuadros colgados aquí y allá en

las paredes, los delirantes objetos de adorno y el revoltijo de papeles que había encima de una mesa.

Merriot comentó:

—Por lo menos, estas sí las entiendo… Me refiero a las pinturas, ¿sabe usted?

Shanon le observó con ojo crítico.

—¿Mis pinturas? Oigan, no son robadas del Museo Británico ni nada de eso. Son regalos de amigos míos que se dedican a pintar, nada más que eso.

—¿Conoce usted a un escultor llamado Anthony Dunhill?

—Somos amigos.

—¿Desde hace mucho tiempo?

—Años. ¿Por qué?

El inspector Grant suspiró. Iba a replicar, cuando en la puerta del dormitorio apareció la muchacha envuelta precariamente en un extraño salto de cama que dejaba entrever todo lo que había debajo. Y debajo no había nada más que su cuerpo desnudo.

Ella indagó:

—¿Qué has hecho, cariño, van a detenerte?

—No lo sé. Y vuélvete a la cama, nena.

—Diles que si necesitas una coartada yo he pasado la noche contigo. En tus novelas siempre hablas de coartadas y cosas así, de modo que yo soy tu coartada.

Steve suspiró.

—Vuélvete a la cama. Me temo que en la realidad los policías no gozan del sentido del humor de que hacen gala los de mis escritos.

Ella hizo un mohín y desapareció.

Sólo entonces el sargento Merriot se acordó de respirar. Casi se ahogó y en sus ojos aún continuó danzando la delirante imagen que había estado viendo como en sueños.

—Al grano, inspector —dijo Shanon—. ¿Qué pasa con Anthony Dunhill?

—Le mataron anoche.

Steve dio un respingo.

—¿Qué…?

—Le cortaron la cabeza.

Steve Shanon se tambaleó. Por unos instantes sintió como si se le aflojaran las piernas.

—¿Habla en serio? —jadeó al fin.

—Completamente en serio. Le cortaron la cabeza y tiraron el cuerpo al río. Poco más tarde, el asesino hizo lo mismo con la cabeza. La policía del distrito ha pescado ambos despojos hace menos de una hora.

—¡Dios…!

—Siéntese, señor Shanon. Quiero que hablemos un poco sobre su amigo.

Tras él oyó la exclamación de la muchacha, que de nuevo apareció en la puerta del dormitorio.

—Lo he oído —dijo con un hilo de voz—. ¿Quién pudo…?

—No lo sabemos. Pero en un cuaderno de notas de su amigo encontramos algunos nombres, entre ellos el de usted. Tengo agentes visitando a los demás, citándoles en mi despacho. Pero a usted quise verle personalmente, aunque solo fuera por las veces que me ha ayudado a dormir con sus novelas.

—Gracias… —gruñó Shanon con sarcasmo—. Y ahora quizá quiera hablar en serio de una maldita vez. ¿Piensa que le ha matado alguno de nuestro grupo?

—Alguien lo hizo. Y le recuerdo que de momento ignoro aún quiénes forman ese grupo de que habla.

—Pintores, escultores, ceramistas… gente así.

—Y usted, por supuesto.

—Bueno, en parte soy el garbanzo negro de la pandilla.

—¿Por qué motivo?

—Soy el único que gana dinero.

—Ya veo.

—Algunos opinan que eso es una inmoralidad.

Los dos policías cambiaron una mirada. Merriot gruñó:

—¿Qué hay de sus aficiones satánicas, señor Shanon?

—¿Mis…? Oiga, ¿de qué está hablando?

—Vístase —terció Grant—. Seguiremos hablando después. Necesito que examine la lista de nombres que poseo, porque a algunos no ha sido posible localizarlos.

Steve titubeó. Al fin asintió con un gruñido y se metió en el dormitorio.

Al quedar solos Merriot dijo:

—Aquí no hay cuadros satánicos ni nada parecido… y esos libros tampoco son como los del escultor.

—Ya lo advertí. A usted parece obsesionarle ese tema, ¿eh?

—Lo confieso. Voy a tener pesadillas. Oiga, inspector, ¿qué opina de esa chica que hay ahí dentro?

Grant esbozó una mueca.

—Han dormido juntos si es eso lo que le preocupa.

—¡Cuernos, eso ya lo sé! Y es como para envidiar a ese maldito ensuciacuartillas… ¡Qué mujer! Pero yo me refiero a otra cosa.

—¿De veras?

—Quizá sea alguna de las mujeres que no han contestado al teléfono, o que no han sido localizadas aún.

—Tal vez. Se lo preguntaremos.

Minutos más tarde, Shanon y la muchacha aparecieron de nuevo en el amplio estudio. Ella estaba muy pálida, pero incluso así volvió a dejar a Merriot sin respiración.

El inspector Grant sacó el pequeño cuaderno de notas. Pasó unas páginas y masculló:

—Mick Berna. ¿Le conoce?

—Es uno del grupo. Ceramista.

—No lo hemos localizado todavía. En las señas que constan aquí no había nadie.

—Habrá pasado la noche fuera. Ninguno tiene unas costumbres muy regulares.

—Sí, empiezo a darme cuenta… Tengo otra anotación… Sí, aquí está. Cindy Allen…

La muchacha no pudo contener una exclamación, lo que atrajo las miradas de los policías.

Grant indagó:

—¿Es usted acaso?

—¡Cindy es mi hermana!

—Entiendo. Bien, no la hemos localizado todavía.

—Debe estar en nuestra casa. Vivimos juntas en Maiden Street.

—Uno de mis hombres estuvo allí. No había nadie. Por lo menos nadie respondió a sus llamadas. Lo intentaremos más tarde. ¿También usted forma parte de ese grupo de que habló su amigo Shanon?

—No… o por lo menos no de un modo regular. Soy amiga de todos ellos porque Steve y mi hermana sí pertenecen a la pandilla. Me llamo Lizanne, Liz Allen.

—Eso explica que no conste su nombre en esa lista… Ahora, por favor, reflexionen y traten de responder a mis preguntas con la máxima precisión. Recuerden que estamos tratando de cazar al asesino de su amigo. ¿De acuerdo?

—Adelante, inspector.

—Empezaremos por la rutina. ¿Había algunas rencillas entre el señor Dunhill y los demás artistas de esa pandilla? O con alguno de ellos quizá…

—Que yo sepa no. Siempre estaban discutiendo sobre todo lo divino y lo humano, pero especialmente sobre arte. Se criticaban ferozmente unos a otros, pero eso era todo.

—¿Discutían también sobre satanismo, por ejemplo?

Steve y la muchacha cambiaron una mirada. El gruñó:

—De un tiempo a esta parte eso era ya una obsesión para algunos.

—¿Para Dunhill también?

—Sí, también. Pero, ¿qué tiene que ver esa chifladura con su muerte?

—Supongo que nada, pero nos llamaron la atención las pinturas

que hay en su estudio, y los libros dedicados a esos temas. Son algo siniestro, sobre todo uniéndolo a la bestial manera que tuvieron de matar a su amigo.

—Voy a decirle algo, inspector. No busque al criminal entre los componentes de nuestra pandilla. Perderá el tiempo y le dará todas las ventajas al asesino. Ninguno de nosotros haría jamás nada tan salvaje como eso.

—Uno nunca sabe… Pero hemos de empezar por algún lado.

Prosiguió efectuando las preguntas que él mismo definía como de simple rutina.

Cuando al fin se convenció de que no iba a conseguir ningún dato positivo con toda aquella palabrería, suspiró y dijo:

—Creo que por el momento es suficiente, señor Shanon. Me gustaría que a las cuatro de la tarde viniera usted a mí despacho, en el Yard. Espero reunir allí a la mayoría de personajes de esa lista. ¿De acuerdo?

—A las cuatro estaré allí.

—Y usted, señorita, por favor, intente localizar también a su hermana y transmítale ese ruego.

—Lo haré, señor.

Los policías se marcharon dejándolos perplejos y profundamente angustiados por la muerte de su amigo Dunhill.

Liz susurró:

—Apenas puedo creerlo… el pobre Anthony.

—Tranquilízate.

—¿Tú crees que piensan realmente que esa chifladura que les había dado últimamente tiene algo que ver con…?

Su voz se quebró.

Steve se encogió de hombros.

—No creo que sean tan idiotas. Que de repente les hubiera dado por invocar a Satán y cosas así no pasa de ser una tontería.

—Pero ellos se han referido a los cuadros de Anthony… Si van a casa verán los que hay en el estudio de Cindy. Son tan espantosos como los otros.

—Reconozco que tu hermana tiene unos gustos pictóricos que dan náuseas, pero eso es cosa suya. Los policías no son tontos, aunque en ocasiones lo parezcan.

—Quiero ir a casa, Steve. Me preocupa la ausencia de Cindy.

—Te acompañaré. Después de todo esto no voy a poder trabajar en una semana. Y de paso aprovecharé para decirle un par de cosas a tu hermanita respecto a sus aficiones demoníacas.

—No bromees, por favor.

—Nada de bromas. Tu hermana me crispa los nervios.

Cuando salieron a la lluvia y la niebla no sospechaban que se

dirigían al corazón de la pesadilla…

CAPÍTULO 4

Steve estacionó el coche y ambos se apearon. La casa era un edificio de dos plantas, en un barrio tranquilo y residencial. Las dos hermanas la habían heredado de sus padres, muertos hacía años en un accidente. Había un reducido jardín en torno y un garaje adosado a un costado.

La puerta del garaje estaba abierta y Liz exclamó:

—El coche de Cindy está ahí, Steve.

—Tal vez ha regresado después de la visita de la policía.

La muchacha abrió la puerta y entraron. El vestíbulo era amplio y confortable. Algunos viejos cuadros adornaban las paredes, y unas plantas de interior daban un toque de vida al ambiente.

Liz gritó:

—¡Cindy! ¿Estás ahí?

—Deja de desgañitarte. Si se ha encerrado en su estudio no te oirá.

—Iré a ver…

—Espera un minuto. Antes veamos cómo están las provisiones. Necesito un trago.

—¿A estas horas?

—Nena, después de lo que los polizontes han dicho maldito si necesito mirar el reloj para emborracharme.

—Me asombra que aún te queden ganas para bromear…

Steve gruñó algo entre dientes y siguió a Liz hacia una salida interior. Sobre una mesita había botellas y vasos y él se dio una prisa endiablada para llenar uno de ellos.

La muchacha murmuró:

—Voy a subir…

Y le dejó solo.

Shanon saboreó el licor con la mente sumida en la inquietud y el pesar. Dunhill había sido un buen compañero. Un tanto taciturno, sobre todo desde que empezaron con la chifladura del satanismo y todas esas tonterías, pero generoso y siempre dispuesto a echar una mano a cualquiera de los demás que estuviera en un aprieto.

Y ahora estaba muerto.

Decapitado.

Se estremeció y vació el vaso de un trago.

Estaba considerando la idea de llenarlo otra vez, cuando sobre su cabeza sonó el más alucinante alarido que oyera jamás.

Fue algo súbito, espeluznante en su enloquecida intensidad.

—¡Liz!

Echó a correr hacia la escalera lleno de angustia. Subió a saltos hasta el rellano superior y allí dobló a la izquierda. Sabía que el estudio de Cindy estaba al final del pasillo.

Vio el cuerpo de Liz caído en el suelo, delante de una puerta abierta y en dos saltos estuvo junto a ella.

—¡Liz! —rugió.

Se arrodilló a su lado, levantándole la cabeza. Captó su respiración espasmódica, pero por lo demás igual hubiera podido estar muerta.

Desbordado, intentó que reaccionara, pero todo fue inútil. Rechinando los dientes, volvió a dejarla suavemente en el suelo y se levantó.

Al fondo del pasillo, la puerta del estudio de Cindy estaba cerrada, pero la de su dormitorio la vio abierta. Si alguien había aterrorizado a Liz y estaba allí dentro…

—Le haré pedazos —rezongó lleno de ira.

Atravesó el portal abierto a paso de carga. No pensaba siquiera en el riesgo, ni en la clase de enemigo con que podía tropezar. Todo lo que ansiaba era atraparlo y hacerle pagar el terror de la muchacha.

Nunca imaginó ni remotamente que no era un enemigo con el que pudiera pelear quien había aterrado a Liz.

Con todo el horror del mundo estallando dentro de él, se detuvo de repente igual que herido por un rayo. Él no gritó, quizá porque su garganta se secó de pronto y se quedó sin voz, sin facultad de reaccionar. Casi sin respiración.

Boqueó, ahogándose. Su mirada desorbitada no podía apartarse del atroz despojo que le miraba a él desde la cama revuelta.

Porque allí estaba la cabeza de Cindy, sobre las sábanas empapadas de sangre aún líquida, aún brillante.

Los ojos abiertos de la cabeza parecían a punto de saltar de la cara y le miraban fijo, con esa fijeza aterradora de la muerte.

Una mueca extraña daba a las facciones la expresión más inhumana que él hubiera pensado jamás que podía distorsionar un rostro de mujer.

Sin que su voluntad interviniera para nada, sus piernas trastabillaron hacia atrás. Hubo de apoyarse en el quicio del portal para sostenerse, tanto era su espanto, su náusea y, sobre todo, su angustia.

Al fin pudo apartar la mirada de la cabeza cortada. Giró y salió al

pasillo, donde Liz continuaba inconsciente. Casi se alegró de ello, porque cuando recobrara el conocimiento quería tenerla fuera de aquel escenario de pesadilla.

Así que levantándola en brazos se dirigió a la escalera andando como en sueños. Descendió, y una vez abajo se detuvo, perplejo. Había que llamar a la policía y pronto.

Depositó a la muchacha sobre una butaca. Liz respiraba con dificultad, como a tirones. Eso también empezó a preocuparle.

Descolgó el auricular del teléfono. Iba a discar el popular número de la policía cuando advirtió que el aparato no daba señal alguna.

Lo golpeó, frenético. No obtuvo ningún resultado. El teléfono no funcionaba.

Y tenía que llamar… pedir ayuda a la policía, y a un médico para Lizanne…

Volvió a levantarla en vilo y salió a la calle. Empezaba a llover mansamente otra vez. Corrió con ella en brazos hasta la casa del otro lado de la calle.

Cuando abrieron la puerta, el hombre casi se echó atrás al ver la descompuesta expresión de su rostro.

Él solo pudo articular:

—Por favor… por favor…

—¿Qué ocurre? Eh, es la chica de ahí delante…

—Un teléfono. Necesito ayuda.

—Entre. ¿Qué ha sido, un accidente?

—¡No, no!

El hombre cerró y le guio hasta una salita interior. Una mujer de su misma edad se levantó sobresaltada, y cuando Steve dejó a la muchacha sobre una butaca se inclinó sobre ella, solícita.

—¡Es Liz! —exclamó—. ¿Qué le pasa? No está herida…

—Sólo desmayada. Por favor, el teléfono.

El hombre lo señaló, mientras él también se inclinaba sobre la joven, como si buscara ocultas heridas. Ambos eran de edad mediana y estaban tan desconcertados como nunca antes lo estuvieran.

Shanon descolgó el teléfono y disco apresurado el número de la Policía.

—Quiero hablar con el inspector Grant —pidió excitado.

Una voz pausada gruñó:

—Aguarde.

Sonaron una sucesión de chasquidos. Otra voz dijo algo que no entendió y hubo una corta discusión, confusa, casi ininteligible. Luego, de pronto, Grant estuvo al aparato.

—¡Hable! —exclamó.

Steve aspiró hondo.

—Aquí Shanon, inspector.

—¿Sí?

—Steve Shanon. Usted habló conmigo esta mañana.

—Ya sé, ya sé. ¿Qué le ocurre?

—Cindy… Cindy Allen…

—¿La han localizado?

Con voz entrecortada relató la manera cómo la habían encontrado. Oyó la exclamación del policía y finalmente Grant ordenó:

—Deje a su amiga dónde está y vuelva a la casa. No permita entrar a nadie hasta que yo llegue. ¿Ha entendido? Shanon, ¿me ha oído?

—Sí…

—Otra cosa. ¿Ha visto el cuerpo en alguna parte, además de la cabeza?

—¿Cómo?

—¡El cuerpo de esa chica, Cindy! ¿Estaba también en la habitación?

Dio un respingo. Por primera vez caía en la cuenta de que ni siquiera había pensado en el cuerpo, desbordado por la atroz visión de la cabeza cortada.

—¡Shanon! —tronó la voz en su oído.

—No… no recuerdo haberlo visto, inspector.

—¡Maldita sea! Vuelva a la casa, Shanon.

Colgó, y al volverse vio las expresiones de espantó en el matrimonio y por unos instantes permaneció inmóvil.

El hombre balbuceó:

—¿Usted… usted ha visto eso, ahí delante?

—Lo malo es que antes lo vio Lizanne. Por favor, cuídenla hasta que llegue la Policía.

—Naturalmente, no se preocupe por ella. Pero usted, ¿a dónde piensa ir?

—A la casa… ¡Condenación! Ojalá ese demonio aún esté allí.

Salió disparado, atravesó la calle y una vez al otro lado se detuvo igual que si hubiera tropezado con un muro.

La puerta del garaje continuaba abierta igual que antes, pero el coche ya no estaba allí.

Se sobrepuso con un esfuerzo de voluntad y entró primero en el garaje. Vio las manchas de sangre en el suelo, a un lado de donde estuviera el auto, pero nada más.

Volvió a la casa lleno de cólera. Subió al piso alto y conteniendo el aliento se asomó al dormitorio de Cindy.

Tal como había temido, la cabeza había desaparecido. Sólo quedaba la sangre y las ropas en desorden.

Al volverse vio por primera vez las manchas de sangre en el suelo

del pasillo. Un siniestro reguero que se dirigía a la salida posterior, a la pequeña puerta trasera desde la que era mucho más fácil llegar al garaje sin ser visto.

Maldijo entre dientes y fue en busca de un trago, con el que cobrar ánimos mientras esperaba a la Policía.

CAPÍTULO 5

Habían acostado a Liz en una habitación de la casa donde Steve buscara refugio en el primer momento. Junto a ella había un médico, y en la planta baja, ceñudo, el inspector Grant sacaba humo de su pipa igual que una caldera a presión.

Shanon gruñó:

—Si hubiera sospechado que ese maldito carnicero estaba aún en la casa…

El inspector le interrumpió:

—Olvídelo. Posiblemente, si se hubiera tropezado con él ahora estaría usted muerto.

—¿Qué clase de loco cree usted qué es?

Grant se encogió de hombros.

—No lo sé. Y maldito si me importa la clase de locura de ese engendro. Todo lo que quiero es echarle el guante antes de que mate otra vez. Si por lo menos pudiera hablar con su amiga, Shanon… Ella debe saber si su hermana tuvo problemas con alguien últimamente. Alguien lo bastante chiflado como para vengarse de ese modo quiero decir.

Shanon soltó un salvaje juramento.

Después barbotó:

—Ya le dije que pierde el tiempo si busca usted al criminal entre los amigos de las víctimas. Todos forman parte de la misma pandilla… nos conocemos hace años. Le aseguro que ninguno es capaz de una monstruosidad semejante.

—Eso cree usted. Yo podría contarle historias de crímenes entre amigos que le pondrían los pelos de punta.

Oyeron los pasos del médico descendiendo por la escalera. Era un hombre delgado, de edad avanzada. Parecía muy preocupado.

Grant le espetó:

—¿Cómo está la joven, doctor?

El médico repuso:

—Inconsciente. No me gusta su estado… Le he aplicado un sedante suave, pero ha sufrido un golpe muy rudo. Espero que reaccione pronto. ¿Se quedará alguien a su lado? De lo contrario enviaré una enfermera.

Steve iba a decirle que él pensaba quedarse junto a la muchacha hasta que fuera necesario, cuando la dueña de la casa se le anticipó.

—No deben preocuparse por ella —dijo—. Yo la cuidaré mientras esté aquí.

El médico se apartó con ella para darle instrucciones y después se fue apresurado.

Grant rezongó:

—Oiga, Shanon…

—¿Sí?

—Estuve dando un vistazo por el estudio de la joven muerta. Tiene las paredes repletas de cuadros más siniestros aún que los del escultor… Dunhill. Algunos de ellos son atrozmente obscenos y crueles. ¿Compartía ella también esa afición que parece unir a algunos de sus compañeros?

—Inspector, Cindy era una chica desquiciada. Voluntariosa, inteligente incluso. Hubiera podido llegar muy lejos con su pintura, pero había algo que la dominaba por encima de todo lo demás. Nunca sabía uno a qué atenerse con ella, de modo que cuando les entró esa chifladura del culto a Satán, o las misas negras o lo que fuera, se entregó a ello con todas sus energías.

—¿Hay otros miembros de su grupo con esa misma afición?

—Supongo que sí.

—Entonces habrá que advertirles esta tarde… El asesino parece sentir una especial predilección para elegir a sus víctimas en fieles de ese culto.

Shanon se quedó helado.

—¿Habla usted en serio, cree realmente que eso tiene algo que ver con los asesinatos?

—El sargento Merriot se inclina a creer que sí.

—¿Y usted?

—Amigo mío, yo no creo nada de momento. Y hablando del sargento, ya casi debe haber terminado en la otra casa. Acompáñeme.

Steve titubeó. No deseaba apartarse de Liz, pero mientras estuviera inconsciente poco podía hacer.

De modo que se fue detrás del policía para reunirse con el sargento y los expertos en casa de la muchacha.

Merriot acababa de encender un cigarrillo, plantado al pie de las escaleras. Sombrío, dijo:

—Usted dirá lo que quiera, jefe, pero esas pinturas de arriba tienen la virtud de sacarme de quicio. Primero el escultor, ahora esa chica que, según dicen, pintaba. Y los dos con la misma afición al satanismo…; al final resultará que es el diablo quien los decapita.

—¿Tiene otra idea tan ingeniosa como esta, o podemos subir arriba a trabajar?

—Yo ya terminé. Y le diré algo más…

Grant suspiró.

—Adelante.

—Esos crímenes tienen algo de ritual, o si no, mírelo desde mi punto de vista. El asesino le corta la cabeza a cada víctima, y la deja bien colocada y expuesta para que sea vista por el primero que asome las narices en el escenario del crimen. Pero inmediatamente después, agarra la cabeza y se la lleva. ¿Por qué no la hace desaparecer al mismo tiempo que el cuerpo, digo yo?

—Se lo preguntaré cuando le echemos el guante, Merriot. ¿Algo más?

—Seguro. Las manchas de sangre en el pasillo.

—¿Qué hay con ellas, también tienen efluvios demoníacos según usted?

Merriot torció el gesto.

—Para mí son simples manchas de sangre, inspector. Pero los peritos tienen una teoría al respecto… No fueron dejadas cuando se llevaron la cabeza, sino cuando la trajeron.

—¿Qué?

—Eso opinan ellos.

A Grant la cabeza amenazaba con empezar a darle vueltas. Steve escuchaba boquiabierto porque tampoco entendía nada.

Fue él quien preguntó:

—¿Qué diablos quiere decir con eso, que trajeron la cabeza de Cindy desde fuera de la casa, que no la mataron arriba?

—Yo no quiero decir nada. Repito lo que los expertos opinan.

Grant se lanzó escaleras arriba. Con un suspiro de resignación Merriot subió tras él, seguido por Shanon.

Cuando le preguntaron, el perito del Departamento de Homicidios fue concluyente:

—No sé si fue esa cabeza de que hablan la que dejó el rastro de sangre, pero lo que fuese lo dejó de fuera adentro. No me cabe la menor duda, inspector.

—¿Por qué está tan seguro?

El hombre suspiró, impaciente.

—Examínelas —gruñó—. Son mucho mayores abajo, y en los peldaños de esa escalera posterior, y mucho más pequeñas y espaciadas a medida que se acercan a esa habitación donde fue vista la cabeza.

—Ya veo… Pero ese maldito despojo encharcó las sábanas. ¿Cómo explica usted eso?

—No tengo explicación alguna. Quizá la trajeron envuelta en un plástico y este tenía un agujero, o vaya usted a saber. Pero de que la trajeron desde abajo ya puede usted jurarlo.

Shanon barbotó:

—¿Ha visto usted las manchas de sangre que hay en el garaje?

—Claro. ¿Por qué?

—¿No podría ser que Cindy fuera asesinada dentro de su propio coche? Eso explicaría que trajeran la cabeza desde allí.

—Pudiera ser. Es una explicación tan buena como cualquier otra, mientras no tengamos la versión real de lo sucedido. Pero eso nos plantea otro problema: Si la mató en el coche, ¿por qué molestarse en trasladar la cabeza hasta aquí arriba?

Nadie tenía respuesta alguna para esta pregunta, así que el hombre se fue a su trabajo y ellos regresaron a la planta baja.

Merriot estaba más sombrío que nunca. Grant no le iba a la zaga en cuanto a mala cara, y Steve pensaba que ninguno de aquellos dos hombres parecía capaz de resolver semejante misterio.

Poco después, los peritos abandonaron la casa y solo entonces el inspector pareció recobrar parte de su vivacidad.

—Dejaremos la casa cerrada, Shanon, de modo que habrá que ocuparse de su amiga. Instálela en cualquier otra parte, aunque imagino que para eso no tendrá problemas.

—La llevaré conmigo tan pronto reaccione. ¿Qué hay de la reunión de esta tarde en su oficina?

—Sigue en pie. A las cuatro, tal como le dije, aunque no es necesario que lleve a la señorita Allen. Cuando se recobre dígale que hablaré con ella en la primera oportunidad.

Shanon asintió distraídamente. Vio partir a los policías y él atravesó la calle.

En la casa de los buenos vecinos todo continuaba igual. La muchacha no había recobrado el conocimiento, aunque parecía respirar normalmente, como sumida en un profundo sueño.

La mujer, que había acercado una silla a la cama y aprovechaba el tiempo haciendo una labor de punto, susurró:

—Ahora parece que se ha tranquilizado. Ya no sufre los espasmos del principio. Es mejor que espere usted abajo, con mi marido. Si ocurre algo les llamaré.

—Gracias, es usted muy amable, señora.

Se fue escaleras abajo, impaciente por hablar con Liz.

Pensaba que el tiempo sería interminable hasta las cuatro de la tarde.

También pensaba en el asesino, por supuesto. Aunque nada de todo eso le llevara a ninguna parte, claro.

CAPÍTULO 6

La reunión en la oficina del inspector Grant no pareció despejar ninguna de las incógnitas que envolvían el misterio.

Los jóvenes que formaban parte del grupo de artistas mostraron su horror por lo sucedido, pero ninguno pudo aportar dato alguno que ayudara a la policía.

Por lo menos, eso era lo que opinaba Shanon cuando todos ellos salieron a la calle después de los interrogatorios.

Una muchacha de larga cabellera negra murmuró, encendiendo un cigarrillo:

—No creo que sea un loco quien ha cometido estas salvajadas. Y mucho menos que sea alguno de nosotros.

Parecían desconcertados, y en realidad la magnitud de los crímenes les había anonadado.

Un pintor llamado Monroe preguntó:

—¿Tu viste la cabeza de Cindy, Steve?

—Seguro. Era algo espeluznante.

La joven que hablara antes expelió el humo del cigarrillo. Con el ceño fruncido comentó:

—Si solo hubiesen matado a Cindy yo tendría una idea sobre el asesino, pero con la muerte del pobre Dunhill es distinto…

Se volvieron hacia ella intrigados. Steve gruñó:

—¿Qué diablos quieres decir con eso?

—¿No lo adivinas?

—¡Cristo! Si realmente tienes sospechas sobre el autor de esa carnicería debes decirlo. Es más, creo que deberías habérselo expuesto a la Policía.

—Ya te digo que para la muerte de Anthony no encuentro razón alguna.

—¿Y para la de Cindy sí?

Todos estaban pendientes de ella. Les miró uno a uno, como asombrada de que ninguno cayera en la cuenta de lo que pensaba.

Luego, al fin, dijo:

—Tony Forrest. ¿Es que nadie se acuerda de él? Se enfureció cuando Cindy le mandó a paseo, hace tiempo. Y todos sabemos que es un tipo altanero y muy violento. Cindy me dijo una vez que incluso la

había amenazado.

Shanon se quedó boquiabierto.

—¡Maldita sea, es cierto! —exclamó—. Forrest odiaba a Cindy.

—Y tú tuviste algo que ver en ese odio, pero eso es agua pasada, Steve. Él no tenía nada contra Dunhill, y este fue el primero que murió.

Shanon refunfuñó entre dientes.

Echaron a andar hacia la esquina. Steve tenía el coche estacionado allí y dijo:

—Alguien quiere que le lleve a alguna parte?

Sacudieron la cabeza. Irving Monroe masculló:

—Yo tengo una cita, iré andando. ¿Vienes conmigo, Mac?

La muchacha asintió sin entusiasmo y ambos se alejaron a buen paso.

Sólo quedaron dos jóvenes al lado de Shanon. Uno de ellos comentó, sacudiendo la cabeza:

—Desde que empezaron con esa burrada del culto al diablo ya nada ha vuelto a ser como antes…

—¿Tú también crees que eso tiene algo que ver con los crímenes de ese loco, sea quien sea?

—Steve, yo no creo nada, porque ignoro lo que puede haber detrás de esas muertes. Pero todos hemos cambiado… Fíjate en Irving, por ejemplo —prosiguió, señalando a la pareja que se alejaban—. Le dio la chifladura de pintar esas obras con escenas de un infierno tenebroso, absurdo. Es como si diera rienda suelta a todos sus terrores de la infancia, como si plasmara en la tela algo que hubiera estado atormentándole desde siempre. Con sinceridad, ¿tú crees que es el mismo ahora que antes de empezar esa chifladura?

—No, realmente no.

—Ahí tienes. Y lo mismo pasaba con Cindy, y con Dunhill, y también pasa con Mac. Te apuesto doble contra sencillo a que se dirigen a una de sus malditas ceremonias.

—No me sorprendería. Y ahora que se me ocurre, ¿tú sabes si Mike Berna se ha metido también en ese culto?

—Lo ignoro. No comprendo cómo la policía no ha podido localizarlo todavía.

Steve se encogió de hombros.

—Tal vez pilló una de sus borracheras, y si es así cualquiera sabe dónde anda. Bueno, me largo. Quiero ver a Liz antes de la noche.

Se despidieron y él condujo por entre el denso tráfico profundamente inquieto.

Más allá de la esquina aún vio a Irving y Mac caminando apresurados.

Aceleró y se olvidó de la pareja. Sólo podía pensar en Liz.

* * *

El médico sacudió la cabeza, preocupado.

—Por supuesto no es un sueño normal, pero tampoco puedo decir que no sea beneficioso para ella permanecer todo ese tiempo dormida, o inconsciente. Steve gruñó:

—¿Es a causa de los sedantes que aún no ha despertado?

—Posiblemente.

—Pero no está seguro…

—No, en absoluto. Pero recuerde usted que esa joven recibió un shock terrible cuando vio la cabeza de su hermana. El cerebro tiene sus propios sistemas de autodefensa.

«En casos extremos, el subconsciente bloquea la zona consciente donde hay los recuerdos, las imágenes que producen la angustia, el terror. Es como si se alzara un muro entre la mente consciente y la inconsciente. Es posible que a esa muchacha le suceda eso.

—Bueno, pero ¿cuánto tiempo puede durar eso?

—Nadie puede saberlo. Pero sería conveniente que cuando recobrase el conocimiento hubiera a su lado alguien en quien ella pudiera confiar, sentirse segura y amparada.

—Yo estaré aquí —aseguró Steve.

—De acuerdo. Si advierte alguna reacción fuera de lo normal llámeme.

Cuando se cerró la puerta detrás del doctor, Shanon se volvió hacia el matrimonio que habían asistido en silencio al breve diálogo.

—Lamento mucho causarles tantas molestias…

—Olvídelo. Tuvimos amistad con los padres de esa joven. Conocíamos a las dos desde que eran unas chiquillas. Puede quedarse en nuestra casa todo el tiempo necesario.

—Gracias, señora Marden.

—¿Le apetece una taza de café? Nosotros lo preferimos al té, pero…

—Yo también lo prefiero, gracias.

Los dos hombres quedaron solos. El señor Marden comentó:

—¿Qué sabe usted de la Policía, han averiguado algo más?

—Supongo que no. El inspector dijo que estaban rastreando el río de nuevo, aunque ahora sin muchas esperanzas porque ignoran la zona donde puede haber sido arrojado el cuerpo de Cindy… y su cabeza.

El hombre se estremeció.

—Es una cosa tan monstruosa que uno se resiste a creer que haya sucedido. Y las dos víctimas pertenecientes al mismo grupo de amigos… ¿No temen los demás que les suceda lo mismo?

—Imagino que no están muy tranquilos.

—¿Y usted?

—¿Qué?

—Bueno, entiendo que usted es uno de ellos.

—Ya veo… Y no crea que estoy tranquilo. Pero a mí no me sorprenderá desprevenido —terminó rechinando los dientes.

El hombre meneó la cabeza lleno de dudas pero no insistió.

Estaban saboreando el café cuando el teléfono les hizo dar un respingo.

Marden lo descolgó, y volviéndose dijo:

—Es para usted, Shanon. La Policía.

Steve atrapó el auricular.

—¡Hable!

—¿Shanon?

—¿Qué ocurre, inspector?

—Pensé que estaría ahí… Bueno, hemos encontrado el cuerpo.

Se puso rígido.

—¿El cuerpo de Cindy?

—Naturalmente que el de esa pobre muchacha. ¿De qué demonios cree que le estoy hablando?

—Disculpe.

—Venga aquí cuanto antes mejor. Necesito que alguien la identifique.

Steve arrugó el ceño.

—¿Cómo puedo identificarla?

—Maldito si lo sé. No he observado ninguna señal específica en el cadáver, excepto los desperfectos causados por el agua y los peces. Pero de cualquier modo, me gustaría que viniese usted cuanto antes.

—De acuerdo.

Colgó, pensativamente.

Antes de abandonar la casa subió a la habitación donde Liz seguía dormida. Su rostro estaba tan pálido que daba grima, pero respiraba pausadamente, lo que indicaba que por lo menos el sueño era normal y tranquilo.

Dominado por una extraña confusión de sentimientos, Shanon fue al encuentro del inspector.

CAPÍTULO 7

Temblándole las piernas, Steve se volvió de espaldas al blanco cuerpo sin cabeza. Sentía ganas de vomitar.

—¿Cree usted que es ella, Cindy Allen? —le apremió el inspector.

—Sin la cabeza nadie puede asegurarlo, ni siquiera yo. Pero quedan las huellas dactilares, así que deberá ser fácil averiguarlo.

—Están trabajando en ellas. Sin embargo usted debería ser capaz de darse cuenta si ese cuerpo tiene las proporciones de Cindy o no.

—Supongo que sí. Es una muchacha joven, de su misma estatura. Personalmente, estoy seguro de que es el cadáver de Cindy, pero no podría jurarlo delante de un tribunal. Es un cuerpo decapitado, de una mujer de edad más o menos igual a la de ella… Tiene que ser el cuerpo de Cindy. No se decapitan mujeres todos los días, ¿no es cierto? Pero falta la cabeza.

—Encontrarla va a resultar difícil. No sabemos dónde fue arrojada al río, aunque sigan buscándola.

Hizo una seña y el encargado del depósito de cadáveres cubrió el cuerpo desnudo con una sábana.

Grant llevó a Shanon fuera del siniestro recinto y allí encendió su pipa y gruñó:

—Acabaré pensando como el sargento…

—¿Pensando qué, inspector?

—Que esos crímenes tienen algo de ritual macabro, diabólico.

—Ya solo le falta seguirle el rastro a Satanás —dijo Shanon despectivamente—. ¿De veras piensa que esa tontería ha inspirado los dos crímenes?

Grant esbozó una sonrisa.

—Por supuesto que no. Pero hice algunas averiguaciones respecto a esas sectas adoradoras del diablo. ¿Sabía usted que se han dado casos en que realizaron sacrificios sangrientos en sus ceremonias negras?

—¿Qué sacrificaron, una gallina blanca?

Suavemente, el policía replicó:

—Una mujer, Shanon.

Steve se quedó helado, mirándole asombrado.

—¿Está hablando en serio, Grant?

—Absolutamente. Se comprobó.

—Increíble…

—Lo he mencionado solo para que comprenda hasta qué extremo puede llegar a desquiciarse la mente humana. De todos modos, no creo que este sea el caso de estos crímenes. No fueron cometidos en medio de una ceremonia de ningún tipo.

Llegaron a la oficina del inspector cuando ya había cerrado la noche y volvía a llover en medio de la espesa niebla.

Merriot estaba allí, más ceñudo que nunca.

—No han podido localizar la cabeza, inspector —anunció.

—No me sorprende. ¿Qué sabe de las huellas?

—Las del cadáver estaban también en el estudio de Cindy Allen. Las he cotejado, aunque había allí otras muchas de hombres y mujeres.

—Lógico. ¿Algo más que yo deba saber?

—Ese tal Mick Berna… sigue sin aparecer.

Shanon gruñó:

—Es un bebedor empedernido. Si perdió la brújula puede estar en cualquier parte.

—Cierto, incluso en el fondo del río —comentó Grant, sombrío.

—¿Qué?

—Es una posibilidad, no lo tome al pie de la letra. En fin, seguiremos trabajando. Si se le ocurre a usted algo más, llámeme.

—Hay algo que sí quería decirle… Cindy tuvo relaciones con un hombre, pero las rompió sin más ni más. Le mandó a paseo y él se enfureció. Creo que es algo que usted debía saber.

—Debiera haberlo sabido mucho antes. ¿Cómo se llama ese individuo, y dónde vive?

—Su domicilio actual lo ignoro, sé que cambió de casa a raíz de su rompimiento con Cindy. El nombre es Forrest, Tony Forrest.

—¿Ha tomado nota, sargento?

Merriot asintió.

—Forrest —dijo—. Sí, señor.

—Intente localizarlo. En cuanto a usted, Shanon, puede volver al lado de la señorita Allen. Avíseme también cuando despierte.

Más desconcertado que nunca, Steve siguió al sargento fuera del despacho.

Su opinión respecto a la capacidad de ambos policías continuaba siendo extremadamente pesimista.

* * *

Liz abrió los ojos y se quedó mirando un techo blanco y una lámpara apagada que colgaba de él. La lámpara no la había visto en su vida.

En los primeros instantes se preguntó qué podía significar aquello.

Cuando ladeó la cabeza fue descubriendo los detalles de un dormitorio completamente desconocido.

Tenía la mente quieta, vacía. Sólo experimentaba una extraña lasitud, como si flotara entre las sábanas de un lecho que no era el suyo.

Ni el de Steve.

Fue al pensar en él que los recuerdos estallaron como una bengala. Ahogó un grito y se incorporó sobre un codo. Ahora recordaba, y el horror la paralizó.

Cindy… la cabeza de Cindy…

Volvió a mirar en torno.

Era un dormitorio limpio, ordenado y confortable, de eso no cabía duda. Pero nunca antes lo había visto.

Más allá de la ventana solo había oscuridad, de modo que aún era de noche.

Intentó pensar con calma, dominar el pánico y el dolor por la muerte de la hermana. Si por lo menos él estuviera allí…

—¿Steve?

Su voz fue apenas un suspiro.

En los cristales de la ventana escurría el agua. La sombría masa de niebla que había más allá se le antojó más densa que ninguna otra que ella recordara. Todo era sombrío y atemorizador en esa soledad de un dormitorio que desconocía.

Una pequeña lamparita de noche brillaba sobre la mesita y su débil luz era suficiente, no obstante, para convencerse una vez más de que se hallaba en un lugar extraño.

Eso tampoco tenía el menor sentido.

Steve… Tenía que llamar, necesitaba que él viniera, que alguien le explicara lo sucedido, y saber qué lugar era ese donde estaba.

Oyó algo en los cristales, algo que no era la lluvia y volvió la cabeza.

Dio un respingo y quedó sentada en el lecho.

Una masa negra se movía al otro lado, una sombra informe que era más negra aún que las tinieblas y parecía desgajarse de la misma niebla.

Abrió la boca, pero ningún sonido brotó de ella.

El pánico la paralizó ante la extraña visión. Después descubrió los ojos, o lo que fueran aquellas dos pupilas diabólicas, casi fosforescentes, que la miraban a través de los cristales.

Se le antojaron tan malignos como la misma encarnación del mal absoluto.

¿O quizá ni siquiera eran unos ojos? Nadie puede mirar de ese modo…

Y mientras aún luchaba para recobrar la voz y gritar todo el

espanto que se adueñaba de su cuerpo, aquella sombra negra se movió mostrándole algo que parecía sostenerse en la niebla.

Era la cabeza de Cindy.

La cabeza de su hermana, con los ojos desorbitados por la muerte, las facciones distorsionadas y el cuello desgarrado.

Liz rodó sobre la cama y cayó al suelo. Entonces empezó a chillar igual que una loca. Fueron unos alaridos capaces de fundir las lámparas.

Allá fuera, la cabeza cercenada de Cindy osciló unos segundos, como un péndulo siniestro, y luego desapareció. La sombra más negra que la noche se hundió en la niebla y ya no hubo nada, aunque ella siguió aullando, tirada en el suelo como una bestezuela herida.

Cuando la puerta se abrió violentamente ni siquiera lo advirtió, enloquecida de pánico.

Una mujer dijo algo. Ella sacudió la cabeza tratando de ver.

La señora Marden contempló, espantada, la demencial expresión de su cara y gritó:

—¡Cálmate, Liz! ¿Qué te ocurre, no me reconoces?

Detrás de la mujer había un hombre. Liz dejó de gritar mientras las manos de la mujer la sujetaban, como amparándola, acunándola en brazos, aún en el suelo.

Marden barbotó:

—¿Qué fue, querida, una pesadilla?

Ella sacudió de nuevo la cabeza.

—¡No… la ventana…!

Él ladeó la mirada. En la ventana no había nada más que lluvia y niebla.

—¿Quién?

—No lo sé. Pero… pero…

—¿Sí, querida?

Histérica, se abrazó a la mujer desesperadamente. Con la cara oculta en su pecho balbuceó:

—La cabeza de Cindy…

—Cálmate. Cuanto antes olvides lo que viste en tu casa, antes te sentirás bien.

—No comprende… ¡Estaba ahí, en los cristales!

Los esposos cambiaron una mirada sobresaltada.

El señor Marden gruñó:

—¿Quieres decir que viste a tu hermana en la ventana?

—No, solo la cabeza. Algo la sostenía, para que yo la viera. Algo negro, sin forma…

—Vamos, vamos… Fue una pesadilla.

—¡Tienen que creerme o me volveré loca! Les digo que la vi, ahí fuera, oscilando como… como…

—Está bien, saldré al jardín y así te convencerás de que no hay nadie. Entre tanto, será mejor que vuelvas a la cama. Mi mujer se quedará contigo.

—¿Y Steve, dónde está Steve?

—Le llamó la Policía, aunque no creo que tarde mucho. Dijo que regresaría tan pronto pudiera.

La levantaron casi en vilo. Les miró de nuevo, jadeando, con escalofríos en todo el cuerpo.

La mujer sonrió forzadamente.

—¿Ya nos reconoces, querida?

—Sí… ahora sí. Los Marden…

—Ajá. Shanon te trajo, desvanecida. Desde entonces estás aquí, en nuestra casa. No debes preocuparte por nada.

—Gracias… muchas gracias. Pero deben creerme. Había alguien ahí fuera, sosteniendo la cabeza de Cindy para que yo la viera. ¡Por favor, créanlo o empezaré a pensar que estoy volviéndome loca!

—Tranquilízate. La niebla y la oscuridad forman extrañas sombras a veces. Y lloviendo a mares aún más. Pero saldré a ver…

El hombre se fue escaleras abajo. Antes que llegara a la puerta alguien llamó al timbre. Abrió de un tirón y se encontró ante Steve Shanon.

Este gruñó:

—Estoy empapado… Les pondré la casa perdida.

—Olvídelo. Ella ha despertado.

—¡Magnífico! ¿Cómo se encuentra?

—Muy mal. Cree que ha visto la cabeza de su hermana en la ventana.

Steve dio un respingo, asustado.

Marden le contó rápidamente lo sucedido y al final añadió:

—Es mejor que suba a tranquilizarla. Yo saldré a dar un vistazo… aunque solo sea para tranquilizarme a mí mismo.

Shanon corrió escaleras arriba.

El señor Marden salió al jardín, bajo la lluvia.

No encontró nada.

CAPÍTULO 8

El inspector escuchó todo el relato sin interrumpirle ni una sola vez.

Luego, con voz tensa, se dirigió al dueño de la casa preguntándole:

—¿Vio usted algo extraño cuando salió al jardín, algún movimiento quizás?

—Absolutamente nada.

—Y el dormitorio está en el piso superior… ¿Cómo pudo llegar alguien a la ventana, si hemos de creer que esa joven vio realmente esa sombra negra?

—Y la cabeza de Cindy —gruñó Steve.

—No creo que viera nada —opinó Marden—. Despertó en medio de una pesadilla y empezó a gritar. No puede ser de otro modo.

—Pero, según ella, ya llevaba algún tiempo despierta cuando un ruido en la ventana atrajo su atención… ¿No es eso lo que dice la muchacha?

—Cierto, pero…

Steve gruñó:

—Sea lo que sea, es indudable que no puede quedarse sola.

—Alguno de ustedes debería permanecer a su lado de modo permanente —refunfuñó Grant—. En cuanto a lo que ella cree haber visto, me inclino a creer que hubo algo de verdad en su relato. Quizá no fuera la cabeza de su hermana, realmente… pero hubo algo en la ventana.

Le miraron perplejos.

Él se limitó a sacar humo de su requemada pipa y al fin añadió:

—La chica no está loca. Impresionada, asustada, incluso aterrorizada por lo que vio en su propia casa sí, pero razona perfectamente. La he escuchado con mucha atención, igual que a ustedes. Bien, estaba despierta cuando algo atrajo su atención hacia los cristales.

Steve gruñó:

—¿Por qué está tan seguro?

—Ella lo ha explicado muy claro. Me sorprende que no se hayan dado cuenta… Bueno, despertó y estuvo examinando todo lo que la

rodeaba, sorprendida de no conocer el dormitorio donde estaba. No vacila al contarlo, detalle por detalle, así que tuvo tiempo de verlo todo antes de que surgiera la visión en la ventana, fuera lo que fuese. Si hubiera despertado de una pesadilla y empezado a chillar, cuando ustedes subieron ella no habría tenido tiempo de ver absolutamente nada de cuanto había a su alrededor.

—Entiendo…

—De modo que algo extraño ocurrió. Voy a ocuparme de poner un agente ahí fuera de modo permanente. No quiero correr más riesgos.

Shanon suspiró, aliviado.

—Yo también estaré mucho más tranquilo. Pero si aceptamos que usted tiene razón, ¿qué vio, cómo pudo alguien asomarse a una ventana de un primer piso? La fachada es lisa como un cristal.

—A ese interrogante no tengo respuesta, Shanon. Como tampoco comprendo qué era la sombra negra, ni los ojos diabólicos. Juzgando por como lo cuenta, cualquiera creería que esa informe masa negra flotaba en el aire.

Steve le miró boquiabierto.

—¿Qué diablos pasa con usted, inspector? Nadie puede flotar en el aire como si volara.

—Claro que no.

—¿Entonces, qué?

Se encogió de hombros.

—No lo sé.

Pareció dispuesto a largarse sin más comentarios, pero el sonido del teléfono les hizo volverse en redondo.

Grant gruñó:

—Debe ser para mí. Dejé dicho que estaría aquí.

Descolgó el auricular, y tras identificarse preguntó:

—¿Lo encontró usted, Merriot?

Hubo otro lapso de silencio.

—Muy bien, sargento. Mantenga la vigilancia. Me reuniré con usted dentro de quince minutos… ¿Cómo?… Bueno, en ese caso vaya tras él y no lo pierda de vista… De acuerdo.

Colgó pensativo.

Impaciente, Shanon le apremió:

—¿Algo nuevo, inspector?

—No estoy seguro. Suba a despedirse de su encantadora amiga. Va a acompañarme usted.

—¿Qué?

—Ella estará segura en compañía de la señora Mar— den y su esposo. Le necesito a usted.

—¿Para qué?

—Apresúrese, no disponemos de mucho tiempo.

Steve titubeó. Luego, rezongando entre dientes, se fue escaleras arriba. Grant se encaró con el dueño de la casa. Estaba más sombrío que nunca.

—¿Puedo confiar en que no la dejarán sola ni un minuto, señor Marden?

—Pueda estar seguro de que ni mi mujer ni yo nos apartaremos de ella. Ahora… sabemos que alguien la amenaza. No nos sorprenderán desprevenidos.

—Perfecto. Y déjeme decirle que, mientras estén juntos, con luz y alerta, no tienen nada que temer. La clase de matarife que estamos buscando solo ataca en la oscuridad y a traición, seguro de encontrar desprevenida a su víctima. En el fondo es un cobarde, no me cabe la menor duda.

De eso, el señor Marden no estaba tan seguro, pero asintió.

Minutos después, el inspector y Shanon abandonaban la casa apresuradamente.

Mientras corrían por las semi desiertas calles, bajo la lluvia y sin utilizar la sirena del coche policíaco, Grant explicó al fin:

—El sargento Merriot ha localizado a su amigo Forrest. Vamos a hacerle unas preguntas.

Steve soltó un juramento.

—¿Y para eso me necesitaba a mí?

—¿No es usted amigo suyo?

—No.

Grant le observó de reojo. Hizo una mueca y dijo:

—De cualquier modo, se conocen. Eso nos conviene. Por otra parte, después quiero pedirle un favor.

—¿Usted a mí?

—Seguro.

—Eso es grande.

—Usted quiere aclarar este asunto tanto como yo, ¿no es cierto? Aunque solo sea para terminar con la zozobra de su amiga. ¿Me equivoco?

—Por supuesto que no. Pero uno pensaría que ese es trabajo de la Policía, porque si además de pagarles el sueldo con los impuestos también hemos de hacer su trabajo, inspector, ya me dirá…

—Es bueno que conserve el sentido del humor.

Apenas volvió a dejar oír su voz hasta que detuvo el coche en una esquina.

Apagó las luces y atisbo entre la cortina de niebla. Caía una lluvia fina que aumentaba la humedad y las tinieblas.

—Merriot no puede estar muy lejos…; debe habernos visto.

Shanon gruñó:

—Forrest nos mandará al infierno si le sacamos de la cama a estas horas…

—Bueno, le calmaremos.

De pronto, una mano salió de la niebla y golpeó los cristales. Detrás de la mano, como una aparición, la cara del sargento se materializó al lado del coche.

Shanon tuvo un violento sobresalto, pero ya Grant abría la puerta y Merriot se colaba apresurado en el asiento.

—¡Qué noche! —refunfuñó—. Me gustaría cambiar de oficio.

—Al grano, sargento.

—Sí, bueno… Llegó muy tarde. Me pareció que se tambaleaba sobre las piernas, pero no estoy seguro de que estuviera borracho. Subió a su piso, vi encenderse las luces, y estuvo mucho tiempo despierto. Luego, las luces se apagaron. Fue cuando le llamé a usted desde el teléfono de la esquina.

—¿Llevaba algún envoltorio, algún paquete?

—Creo que no.

—¿Lo cree tan solo?

—Bueno, inspector, no pude acercarme mucho a él, y estaba condenadamente oscuro. Y con toda esa niebla, ya me dirá usted qué podía ver.

—Claro, claro. Bien, vamos a charlar un poco con ese caballero.

En el zaguán de la entrada había una ristra de timbres, con tarjetones de los inquilinos en cada uno. Grant encendió su mechero y localizó el nombre que buscaba. Tras esto, pegó el dedo al botón y lo mantuvo allí todo el tiempo.

Al fin sonó un chasquido y una voz colérica brotó del altavoz.

—¿Qué pasa? ¡Dejen de dar la lata o llamo a la Policía!

—Nosotros somos la Policía, señor Forrest. Abra la puerta.

—¿Qué, Policía?

—Inspector Grant. Quiero hablar con usted.

—¿A estas horas?

—¡Abra la puerta de una vez!

Hubo un silencio. Luego, la voz refunfuñó:

—Deben de haber copiado sus métodos de la Gestapo…

Pero el mecanismo abrió la puerta y los tres se apresuraron a entrar.

El hombre les esperaba delante de la puerta de su apartamento. Llevaba un pijama gris, tenía el cabello revuelto y cara de aturdimiento y de sueño.

Les miró, perplejo, hasta que reconoció a Steve y dio un salto.

—¡Maldita sea, tú tenías que ser! ¿Qué clase de broma se te ha ocurrido?

Shanon sacudió la cabeza.

—Lo creas o no, soy solo un invitado de piedra. La idea es enteramente de ellos. Y son realmente policías, así que tú verás.

—Quiero estar seguro de eso.

Con un suspiro, el inspector le mostró sus credenciales.

Luego dijo:

—Mi acompañante es el sargento Merriot, del Departamento Criminal.

Casi empujó al aturdido Forrest. Entraron y el policía gruñó:

—Cierre la puerta, o despertaremos a todos sus vecinos.

—¿Qué es lo que pasa?

—Para empezar, cuéntenos dónde estuvo usted esta noche.

—¿Para qué diablos…?

—¿Dónde, señor Forrest?

—¡Maldita sea! Estuve bebiendo aquí y allá. ¿Qué importancia tiene eso?

—Pudiera tenerla. Por casualidad, ¿no estuvo usted en las proximidades de la casa donde viven las hermana Allen?

Forrest arrugó el entrecejo, hasta que cayó en la cuenta del alcance de la pregunta.

—¿Se refiere a la casa de Cindy y Liz Allen? —barbotó.

—Exacto.

—Hace siglos que no voy a verlas. Desde que… ¡Condenación! Eso es cosa tuya, bastardo —estalló, encarándose con Steve.

Este se limitó a soportar su iracunda mirada, pero no pronunció una palabra.

—De momento —terció Grant—, es asunto nuestro. ¿Podría usted jurar que no estuvo allí la noche pasada, ni esta misma noche?

—Sobre una montaña de biblias si es necesario. Pero no veo una maldita razón por la que habría de hacerlo. ¿Qué quieren en realidad con esta visita intempestiva?

—La noche pasada asesinaron a Cindy Allen. Alguien le cortó la cabeza. Antes había matado ya a un escultor llamado Dunhill…

Forrest quedó helado, tan pálido como la harina. Durante unos instantes fue incapaz de hablar.

Luego, con voz rota, barbotó:

—¿A Cindy…?

—Decapitada.

—¡Dios!

—Estamos buscando al asesino, señor Forrest.

Este sacudió la cabeza, aturdido, como si acabara de recibir un duro golpe.

—No puedo creerlo… ¿Quién puede haber hecho una cosa tan horrible?

—Eso queremos saber. Desde luego, fue alguien que la odiaba

profundamente, de eso no cabe duda.

—¿Y creen que yo…? —repentinamente dio un respingo y rugió —: ¡Tú, maldito hijo de perra, tú me has complicado en esto…!

—Hay policías delante, idiota, así que no vayas a meter la pata.

—¡A la mierda los policías! Tú has tramado algo tan sucio como eso. ¿Por qué, bastardo? Cindy rompió conmigo de mala manera por ti. Todo el mundo lo sabe.

—Estás chiflado.

—¡Maldito sea!

—Ella te mandó a paseo porque no podía soportarte, eso es lo que pasó.

Grant se abstenía de intervenir, limitándose a escuchar, con la pipa apagada entre los dientes y una mirada aguda en sus ojos.

—Sabes muy bien que ella se encaprichó de ti —rugió Tony Forrest, fuera de sí—. Aunque me cuelguen si sé por qué. Pero tú estabas más interesado por su hermana porque es la mayor y es quien maneja la bolsa. Liz controla el dinero de la herencia, el dinero de las dos, que no es poco. Y tú eres un tipo muy vivo, ya lo creo… Te acuestas con ella y le sacas los cuartos…

—Te estás ganando un trastazo en los dientes —dijo Shanon con calma.

—¡Voy a…!

Forrest dio un paso adelante con los puños cerrados, pero Steve se le anticipó. Volteó el brazo y su puño retumbó contra la quijada de su adversario tirándole de espaldas con estrépito.

Sólo entonces Grant intervino.

—Ya es suficiente, Shanon, apártese de ahí.

Forrest se levantó gruñendo y acariciándose la cara. El sargento Merriot le cerró el paso cuando se dirigía de nuevo contra Steve.

Este dijo:

—No voy a presentarle disculpas, inspector. Hacía tiempo que deseaba hacerlo.

—¡Cierre el pico!

—Usted manda —gruñó Shanon, irónico.

Forrest estaba más enfurecido a cada instante.

—¡Eso vas a pagarlo! —gritó.

—¡Siéntese!

Retrocedió ante la imperiosa actitud del policía y fue a sentarse, muy rígido, en una silla.

Grant le observó unos segundos con el ceño fruncido.

Después dijo:

—Así que Cindy Allen rompió sus relaciones con usted a causa del señor Shanon. ¿Es eso lo que dijo?

—¡Y estoy dispuesto a repetirlo!

—¿Se lo dijo ella a usted, le expuso sus motivos?

—¡Pues claro que lo dijo! En fin… no con esta claridad, ya sabe cómo son estas cosas. Pero no hacía falta. Lo supe perfectamente. Y todos los demás también.

—Cuando dice «todos los demás», ¿se refiere a los componentes de la pandilla de la que Cindy Allen formaba parte?

—Claro que sí.

—Bien, volvamos a lo nuestro. En la actualidad tengo entendido que Shanon es el novio de Lizanne Allen…

—¿Novio? ¡Maldita sea, solo pregúntele cuántas veces se ha acostado con ella!

Steve se puso en marcha hacia él.

—¡Voy a romperte el alma! —rechinó.

Grant le cerró el paso. Parecía sumamente tranquilo.

—No vuelva a las andadas, Shanon. Tengamos la fiesta en paz.

—¡Esta sucia rata…!

—¡Vuelva a su sitio!

Hubo de retroceder. Pero sus ojos echaban chispas.

Grant suspiró.

—Va usted a acompañarnos, señor Forrest. Quiero tomarle las huellas dactilares.

—¿Es que va a hacer caso de ese embrollón?

—Voy a cotejar sus huellas con las encontradas en el estudio y el dormitorio de Cindy Allen. Si sus huellas están allí querrá decir que usted ha mentido al afirmar que hace tanto tiempo que no visita aquella casa. Y si ha mentido en eso puede mentir en cualquier otro tema… y entonces ya no seré amable con usted. ¿Entiende?

Forrest estaba desbordado por la ira y el desconcierto.

Ni siquiera pudo replicar.

Grant añadió:

—Vaya a vestirse. El sargento le acompañará. ¿Merriot?

Este asintió, y Forrest, tras una larga vacilación, se fue al dormitorio para vestirse.

Entonces el inspector se volvió hacia Shanon y comentó como al desgaire:

—Usted no me dijo nunca que Cindy Allen había roto sus relaciones con Forrest a causa de que se había enamorado de usted.

—Ella no se enamoró de mí. En realidad, creo que Cindy solo estaba enamorada de sí misma y de su arte.

—Pero rompió con Forrest…

—Ninguna mujer le soportaría…

—Eso no es una respuesta.

—Tampoco usted hace unas preguntas muy concretas. Oiga, inspector, todo esto no veo que nos conduzca a nada práctico a menos

que las huellas dactilares de Forrest estén entre las descubiertas en el estudio o el dormitorio de Cindy. Y para todo eso no necesitaba traerme.

—Le dije que hay algo más aún, algo que necesito que usted haga.

Steve frunció el ceño y cerró la boca. Encendió un cigarrillo y esperó dominando la impaciencia a duras penas.

Finalmente, Forrest salió del dormitorio escoltado por el sargento. Todos abandonaron el apartamento y una vez en la acera, bajo la niebla, Grant ordenó:

—Llévelo a Identificación, sargento, y compruebe sus huellas. Yo tardaré unos minutos en seguirles.

Forrest se volvió en redondo antes de alejarse y barbotó:

—¡Te haré pedazos, Steve! Juro que lo haré aunque sea lo último que haga en este mundo.

—Están oyéndote un par de polizontes, imbécil. No digas tonterías.

Merriot le empujó y ambos se dirigieron a donde esperaba el coche del sargento.

Shanon masculló:

—¿Y ahora qué? No creo que haya sacado usted nada en limpio de todo eso.

—Tal vez, pero yo opino de distinta manera. Vayamos a lo nuestro…

—¿Qué espera de mí, si puede decirlo de una vez?

—Entremos en el coche… Aunque ha dejado de llover esta niebla está chorreando.

* * *

Impaciente, Steve se metió en el coche. Grant cerró la portezuela, se recostó en el asiento, y sin transición dijo:

—Yo podría destinar a uno de mis hombres para el trabajo que quiero pedirle, pero mi hombre necesitaría tiempo para infiltrarse. Y tiempo es algo de lo que carecemos en este caso, así que deseo pedirle que se mezcle usted con los fanáticos de esa secta de adoradores del demonio.

Shanon se quedó sin habla, tan asombrado que por unos instantes creyó que no había oído bien.

De modo que el policía añadió:

—Infiltrar un hombre entre ellos llevaría mucho tiempo. Debería ganarse su confianza, «trabajarlos» a fondo para que le admitieran. Sin embargo, usted es amigo de varios de esos fanáticos. Le admitirán sin recelo, creo yo.

—No comprendo absolutamente nada. ¿Qué espera conseguir con una tontería como esta?

—¿Quiere hacerlo o no?

—Quiero saber por qué he de hacerlo, ni más ni menos.

—No haga juegos de palabras… En fin, podría decirle que por la seguridad de su encantadora amiga, y sería cierto. Pero en verdad, esta faceta del caso la hemos descuidado demasiado a mí modo de ver, y tal como están las cosas debemos tenerla en cuenta.

—Absurdo. No creeré nunca que esos crímenes tengan nada que ver con esos idiotas.

—Shanon, no menosprecie nunca lo que desconoce. ¿Se prestará a ese trabajo?

—Muy bien, lo intentaré por lo menos. Pero déjeme decirle que así no descubrirá nunca al asesino.

—Quién sabe…

—Allá usted. Ahora dígame concretamente qué he de averiguar si tomo parte en los aquelarres de esos fanáticos adoradores del demonio.

—Trate de saber cuáles son sus ceremonias, qué hacen en ellas, a quién invocan, qué creen en realidad sobre los sacrificios ofrecidos en sus misas negras. Intente descubrir si en algún lugar de estas ceremonias, en algún momento, se conjuran para cometer actos delictivos. Cosas así…

Steve le observaba más perplejo que nunca.

—Usted quiere decir si se conjuran para matar. ¿Es eso?

—Tenga en cuenta que hay testimonios de que lo han hecho en otros casos. En Francia ocurrió hace solo un par de años y hubo un revuelo tremendo en la prensa y la opinión pública.

—Está bien, haré lo que pueda. Pero sigo opinando que es una estupidez.

—Opine como quiera, pero ponga todos sus senti— 62 dos en lo que haga. No sabemos cuán peligrosos puedan ser en un caso determinado.

Grant despegó el coche de la acera y condujo con dificultad por entre la niebla.

Steve pensaba que todo aquello sería una pérdida de tiempo. De pronto cayó en la cuenta de que no sabía nada del demonio, ni del Poder de las Tinieblas, ni de ceremonias negras…

Pronto iba a averiguarlo.

CAPÍTULO 9

A última hora de la tarde siguiente, Steve entró en un pequeño bar frecuentado por sus amigos. Se habían reunido allí infinidad de veces, y en esta ocasión tenía un interés especial en localizarlos.

Vio a tres de ellos juntos, sentados en torno a una mesa, en el rincón más alejado de la puerta.

El pintor Irving Monroe, autor de los siniestros cuadros que tanto habían impresionado al sargento Merriot. Mac Donovan, cuyas esculturas solían mostrar el lado más patético de la naturaleza humana, y el hasta entonces desaparecido ceramista llamado Mick Berna.

Fue a reunirse con ellos después de pedir un *whisky* en la barra. Hubo un coro de exclamaciones, y Berna dijo:

—No supe nada de esta pesadilla hasta hoy. ¿Tú viste…?

—Sí, lo vi. ¿Dónde diablos estabas metido? La Policía te busca para interrogarte como a todos los demás.

—No pensarán que yo soy el criminal, ¿eh?

—No sé qué piensan los policías, pero quieren hablar contigo.

—Iré a que me apliquen tormento —gruñó—. ¿Qué sabes de Liz? Debió de ser terrible para ella…

—He pasado casi todo el día a su lado. Sufrió un golpe muy duro, por supuesto, pero reacciona muy bien.

—¿Te la llevaste a tu estudio? Porque no se habrá quedado en su casa después de lo sucedido.

Shanon sacudió la cabeza.

—Aún está en compañía de unos vecinos suyos, una gente estupenda. Además, el inspector ha destinado a uno de sus hombres para que vigile allí durante la noche.

Los tres le miraron sobresaltados. Mac balbuceó:

—¿Es que la Policía teme que el asesino atente contra Liz?

—Yo también creo que anda tras ella —rechinó Steve salvajemente—. Anoche ya llegó hasta su ventana, con lo cual le dio otro susto de muerte.

Berna refunfuñó:

—De cualquier modo, Steve, yo no creo que se trate de un loco homicida, aunque esos crímenes son demenciales.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Un loco no elige a sus víctimas. Mata cuando le da la ventolera y quién quiera que esté cerca en ese momento se lleva la china. Pero en este caso ha matado a dos de nosotros, dos de nuestra pandilla. Los ha elegido, ¿entiendes? Ahí radica la diferencia.

Shanon cabeceó. Dio un sorbo al *whisky* y luego insistió:

—Deberías darte prisa con la Policía, Mick, o te meterás en apuros. Pregunta por el inspector Grant. Es quien lleva la investigación.

Berna asintió, refunfuñando. Mientras rebuscaba en sus bolsillos, dijo, sombrío:

—Me emborraché de mala manera y perdí la brújula… por eso no regresé a casa…

—Cuéntaselo al inspector.

Berna titubeó. Encontró unas monedas, las hizo rodar entre los dedos, indeciso. Los otros le miraron intrigados.

—Hay algo que no podré decirle a ese polizonte…

—¿Por qué no, de qué estás hablando?

Hizo una mueca y se levantó.

—Yo acostumbro a beber mucho —murmuró como si hablara consigo mismo—, pero nunca había llegado al extremo de esta última vez…; me convertí en una sucia bestia.

Era alto, delgado y fuerte. Steve le observó intrigado y por primera vez pensó que a pesar del tiempo que se conocían todos ellos, apenas sabía nada de las intimidades de cada uno. Y menos aún de Mick Berna.

—¿Por qué esta vez fue diferente? —le espetó.

Durante un instante Berna le sostuvo la mirada. Luego sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Eso es de lo que no quiero hablar.

Giró sobre los talones y se fue hacia el mostrador. Pagó y en un instante hubo desaparecido más allá de la puerta.

Mac murmuró:

—Nunca le había visto tan abatido… tan derrotado. Cuando le dijimos lo sucedido con Cindy por poco no se echó a llorar.

—Es un tipo extraño, ciertamente.

Monroe gruñó:

—¿Has visto a alguno de los otros, Steve?

—Hoy no. He venido aquí para hablar con vosotros dos. Me alegro que los demás no hayan aparecido.

Mac enarcó las cejas.

—¿Con nosotros?

Shanon encendió un cigarrillo. Sentía sobre sí las intrigadas miradas de sus amigos.

Con voz pausada, dijo:

—Quiero asistir a vuestras ceremonias, a las misas negras o como sea que las llaméis. Quiero formar parte de vuestra secta.

Se quedaron boquiabiertos. Cambiaron una mirada incierta, perplejos, y al fin Monroe quiso saber:

—¿Por qué? Nunca nos tomaste en serio. Tú menos que ninguno.

Con un suspiro, Shanon empezó a hablar.

No recordaba haber mentido tanto en todos los días de su vida.

* * *

Mick Berna se detuvo un momento en la esquina, envuelto por la niebla. Miró en torno, como perdido. No sabía siquiera cómo había llegado a la esquina próxima a su estudio. Se dijo que ni estando borracho experimentaba aquella sensación de vacío.

Reanudó sus pasos sin ninguna prisa. Pensaba en cuanto había hablado con los policías, en las preguntas, para muchas de las cuales no tenía respuesta.

No habían sido tan duros como temiera, pero ahora se asombraba de lo mucho que les había dicho. Aquel tipo, Grant, parecía tan paciente como una araña, y por algún extraño milagro le había sonsacado cosas de las que nunca había pensado hablar.

Sin embargo, lo había hecho. Especialmente, no comprendía aún cómo le había hablado de algo tan vergonzoso… algo que le denigraba cada vez que pensaba en ello.

Se detuvo delante de la casa donde vivía. Su estudio y vivienda estaban en la planta baja, en un semisótano muy conveniente para su trabajo.

Rebuscó en los bolsillos hasta encontrar la llave. Decididamente, era increíble que el maldito policía le hubiera sacado algo de lo que se había jurado a sí mismo no hablar jamás.

Abrió la puerta y entró. Dio la luz y la lámpara del techo siguió a oscuras. Rezongando, se dirigió a tientas hasta una mesilla. Allí encendió una pequeña lámpara que utilizaba para leer, o relajarse cuando estaba muy cansado… o muy borracho.

Se derrumbó sobre el desvencijado diván que ocupaba un ángulo de aquella estancia, junto a una luz. Cerró un instante los ojos, cansado como no recordaba haberlo estado nunca antes.

Era un cansancio que le aplastaba hasta el alma. El maldito polizonte… le había sonsacado todo cuanto había querido…

Tendió la mano y atrapó una botella mediada de whisky. Había un vaso sucio a un lado y lo llenó, vaciándolo rápidamente.

Si alguna vez había necesitado embriagarse, pensó, era justamente esta noche.

Volvió a llenar el vaso, con lo que casi vació la botella.

Esta vez bebió a pequeños sorbos sintiendo el ardor del alcohol en el cuerpo. Eso estaba mejor.

Instantes después, el vaso se deslizó de entre sus dedos y rodó por el suelo. Él lo miró, perplejo, cómo rodaba un trecho antes de pararse al final de la estela de whisky que había quedado en las baldosas.

Curioso… Se le había escapado de entre los dedos. Se miró los dedos, como asombrado de verlos allí, cual si nunca los hubiera visto.

Volvió a mirar el vaso. Emitió una suerte de juramento, porque ahora parecía que el vaso tuviera vida propia y se moviera, oscilando suavemente. O quizá fuera el suelo lo que oscilaba…

Se echó atrás. Sus ideas eran cada vez más confusas. No había bebido apenas nada en ese día… por lo menos, no había bebido ni la mitad que en otras ocasiones, y sin embargo nunca antes le habían sucedido esos fenómenos.

Recostó la nuca en el respaldo del diván. Sentía el cuerpo flojo, insensible casi, como si perteneciera a otra persona. Tenía las manos caídas sobre el regazo y los dedos de la derecha aún conservaban la misma posición que tenían cuando el vaso se escurrió de ellos al suelo.

Mientras estaba mirándolos, estupefacto de que no pudiera moverlos, le pareció que se diluían en medio de una creciente bruma. Todo se volvía borroso.

Borroso y absurdo. Una pesadilla, porque entre la bruma estaba surgiendo algo negro, informe; algo que ondulaba de un modo extraño… negro y sombrío… algo que no tenía ninguna forma…

Cerró los ojos, alarmado, porque si solo con lo poco que había bebido sufría alucinaciones no quería ni pensar en lo que vendría después.

Aquella masa negra quedó quieta, muy cerca. Después, cuando Berna llamaba desesperadamente a sus fuerzas inexistentes, algo emergió de la aparición. Algo pálido…

Una cara, eso era. Un rostro que apenas veía porque la bruma que lo enturbiaba todo era ya tan densa, tan espesa que se volvía impenetrable…

La cara avanzó.

Unos ojos diabólicos le miraron fijamente. Eran unos ojos que parecían despedir fuego, el fuego del odio y la insania.

Berna quiso gritar, pero estaba al borde de la inconsciencia y no pudo. Su garganta se negó a funcionar.

Casi ni respiraba porque todo su cuerpo era una masa amorfa y sin vida, impotente.

Sólo podía mirar.

Pero ahora le inundaba el espanto, el terror más absoluto, y continuó aullando en silencio, rugiendo sin voz y sin aliento, mientras las pupilas llenas de odio que anunciaban la muerte continuaban fijas

en las suyas, dominantes, quietas, implacables.

Mick Berna supo lo que se avecinaba, aunque no hubiera podido explicar qué sentía. Pero en su lacerante desesperación lo sabía tan seguro como que su cuerpo estaba inerme bajo el poder de aquel ser demencial que él sabía que no podía existir.

Que ni siquiera existía.

Una mano revoloteó bajo aquel rostro. En la mano brillaba la hoja de acero de un afilado cuchillo que se detuvo a unas pulgadas de sus ojos desorbitados.

—¡Míralo! —ordenó la aparición—. Es lo último que verás…

El aguzado filo se apoyó en su cuello. Poco a poco empezó a presionar. Primero abrió un leve surco en la piel y unas gotas de sangre brotaron lentas, como un anticipo.

Berna era una silenciosa masa aullante de horror, impotente y enloquecido.

Entonces, bruscamente, la mano que empuñaba el cuchillo presionó y la afilada hoja de acero se hundió salvaje y profundamente.

La voz había mentido.

Lo último que Berna vio fue su propia sangre saltando como un torrente, y la cara contorsionada del mal que se diluía en la nada.

Después ya no vio nada porque murió.

CAPÍTULO 10

Steve paró el coche junto a la acera. Apagó las luces y el motor, y echándose atrás en el asiento se quedó unos instantes quieto, reflexionando profundamente.

No todos los días uno podía vivir una experiencia como la que acababa de desconcertarle esa noche.

Al fin se apeó. La calle envuelta en niebla estaba silenciosa y desierta. Echó a andar hacia la casa de los Marden sumergido aún en los inquietantes sentimientos que le habían producido los acontecimientos recientes. Se dijo que el ser humano era una inagotable fuente de sorpresas.

El reducido jardín de la casa estaba sumido en tinieblas, pero entre la niebla brillaban las luces en un par de ventanas, una de la planta baja y otra en el piso. Se preguntó dónde andaría el guardia que debía vigilar durante la noche.

Llegó ante la puerta sin haber visto ni rastro de él. Empezó a preocuparse, porque Grant le había asegurado que destinaría a uno de sus hombres para ese menester.

Llamó y el señor Marden le franqueó la entrada.

—¿Todo bien? —indagó impaciente.

—No ha pasado nada esta noche. Liz se ha dormido y mi esposa está con ella, arriba.

—¿Y el guardia, lo ha visto?

—Se presentó cuando vino. Debe de estar ahí fuera.

—Lo dudo. No lo he visto, ni él me ha interceptado el paso.

Marden arrugó el ceño.

—No lo comprendo… ¿Se habrá marchado?

—Voy a subir un momento y después saldré a ver dónde está. Y si ha desaparecido, le juro que Grant va a oírme.

—Tenga cuidado de no despertar a la muchacha. Le costó mucho conciliar el sueño.

—Está bien.

Subió apresurado. Con infinito cuidado abrió un poco la puerta del dormitorio. Lo justo para atisbar el interior sin hacer ruido.

Liz dormía profundamente, y sentada al lado de la cama, en una butaca, la señora Marden tenía la cabeza caída sobre el pecho y estaba

tan dormida como la muchacha.

Shanon sonrió, tranquilizado. Cerró otra vez con el mismo cuidado y retrocedió hacia las escaleras.

Desde abajo, Marden murmuró:

—¿La ha visto?

—Seguro. Duermen las dos.

Descendió a la planta baja y encendió un cigarrillo.

El dueño de la casa sugirió:

—Sería mejor llamar al inspector. Él debe saber si han retirado al policía de vigilancia.

—Hágalo usted en todo caso, mientras yo doy un vistazo ahí fuera.

—Está bien.

Steve se dirigió a la puerta.

Antes que llegara a ella, arriba una mujer empezó a chillar como una loca.

Marden rugió:

—¡Es Martha!

Se lanzaron los dos escaleras arriba.

La voz histérica de Liz se elevó entonces aullando hasta el extremo de ahogar los chillidos de la señora Marden.

Los dos hombres irrumpieron en la habitación, incapaces de comprender qué les pasaba a las mujeres.

No necesitaron que ellas hablaran para saberlo. Ambas tenían la desorbitada mirada fija en la ventana, y allí estaba la fuente de su terror.

Steve perdió la facultad de hablar, mientras Marden se quedaba parado junto a su esposa, paralizado de espanto.

En el alféizar de la ventana, mirando a la cama con ojos inmensamente abiertos y saltones, había la cabeza de un hombre joven con el cabello revuelto.

El cuello sangrante descansaba sobre el alféizar, y más allá no había más que niebla y oscuridad.

Las mujeres dejaron de chillar de pronto, como puestas de acuerdo.

Se habían quedado sin voz.

Shanon barbotó:

—¿Quién diablos…?

Paso a paso se acercó a la ventana. Tras él, Marden balbuceó:

—Es el policía, Shanon… Un muchacho joven… Le di una taza de café… —terminó de modo incongruente.

Steve se detuvo junto a los cristales. Desde allí captó todo el horrendo espanto de aquel despojo, con la sangre ensuciando la repisa de la ventana…

De pronto vio algo a un lado.

Allí la sangre había sido utilizada por el demencial asesino.

Se echó atrás rechinando los dientes.

—Llame al inspector, señor Marden, apresúrese —gruñó.

Fue al lado de la muchacha y dejó que ella se abrazara a su cuello desesperadamente. Liz sollozaba ahora mansamente, sin hablar, desbordada por el pánico.

La dejó que se calmara pensando en el mensaje escrito con sangre sobre la repisa de la ventana…

El mensaje decía:

AHORA TE TOCA A TI, PERRA.

Eso era todo.

CAPÍTULO 11

El inspector Grant había perdido su flema esta vez. Su cara estaba lívida y su voz era bronce cuando explicó, más tarde:

—Fue sorprendido por la espalda. El cuerpo tiene una cuchillada mortal. Después… bueno, ya saben.

—Algo le ha hecho cambiar de costumbres —rezongó Steve de mal talante—. En esta ocasión no ha perdido el tiempo llamando la atención de Liz para aterrorizarla. Sólo ha dejado la cabeza en la ventana y se ha largado…

—Porque ella no estaba sola. ¿No lo comprende?

—Sí, claro. Pero lo que realmente no comprendo es qué pretende amenazándola, aterrándola hasta esos extremos. A Dunhill no creo que le diera oportunidad de asustarse. Le mató y punto. Y al policía tampoco. Y mucho menos a la pobre Cindy…

—O quiere volverla loca de pánico, o le tiene reservado algo peor que a los demás, y eso no deja de ser chocante. ¿Por qué Liz es diferente para ese engendro?

Shanon no tenía explicación alguna para eso, así que no replicó, limitándose a fumar en silencio.

Los Marden estaban en el dormitorio de la muchacha. Oían sus voces apagadas arriba, y los ruidos de los hombres del inspector que trabajaban en el jardín.

Inesperadamente, Grant masculló:

—Hube de soltar a su amigo, ¿sabe usted, Shanon? Sus huellas no estaban en la casa de las muchachas. Dijo la verdad, así que no había razón para retenerlo.

—¿Se refiere a Forrest?

—Naturalmente.

—Así que anda suelto…

—Lo mismo que todos ustedes. A propósito, envié el sargento al domicilio de su amigo Berna. Me preocupa ese individuo, sobre todo después de reflexionar sobre algo que confesó cuando habló conmigo.

—¿Berna?

—Ajá, un hombre muy complicado… Ahora veamos sus experiencias demoníacas, Shanon. ¿Qué ha sacado en limpio?

—Con sinceridad, no creo que tengan nada que ver con los

crímenes.

—¿Le admitieron?

—Seguro, aunque hubo algunas reticencias por parte del santón del grupo, un tipo inquietante… pero me permitieron asistir a una de sus misas negras.

—Cuénteme.

Steve suspiró.

—Invocan a Satán. Es una ceremonia absurda si uno reflexiona con sentido común, pero ellos creen, así, que se entregan de verdad en sus invocaciones. En esta ocasión, y para anunciar que tenían un nuevo adepto, el oficiante hizo algunas demostraciones de poder demoníaco, según lo calificó él mismo.

Grant gruñó entre dientes, masticando su pipa, pensativo.

Shanon prosiguió:

—Ahí es donde empecé a preocuparme de verdad. Vi algunas cosas que me dejaron perplejo.

—¿Qué cosas?

—Bueno… primero, un gigantesco candelabro de bronce. Se elevó en el aire sin que nadie lo tocara. Y le aseguro que debía pesar una enormidad a juzgar por su tamaño. Pues bien, se alzó hasta casi la altura de un hombre.

—Ya veo…

—No creo que lo comprenda usted, como no lo entiendo yo tampoco. En el candelabro había una enorme vela negra. Mientras lo estaba mirando asombrado, la vela empezó a arder por sí sola. Se encendió, ¿entiende? Y cada fenómeno de esos se producía después de una sorda invocación del fanático que oficiaba la ceremonia.

—Sí que debió de ser todo un espectáculo.

—Eso es decir poco. El tipo me rogó que examinara el candelabro. Quería convencerme de que no estaba trucado ni nada semejante. Pude examinarlo pulgada a pulgada. No había truco. Nada lo sostenía en el aire, ni nada podía encender la vela…

—Y sin embargo la vela ardió, ¿eh?

—Igual que si la encendieran con una cerilla.

—¿Cómo acabó la experiencia?

—Al fin, el candelabro descendió muy despacio hasta el suelo. La vela siguió encendida hasta casi el final de todo el ceremonial… y entonces se apagó de golpe. No se apagó como cuando uno sopla una vela encendida. Fue algo visto y no visto, como si apagasen una bombilla eléctrica.

—Comprendo.

—¿Qué opina usted, dónde estaba el truco?

—Tal vez no hubiera truco…

Grant hizo un gesto de fastidio.

—Ya veo. Fue el mismísimo demonio quien hizo todo eso, ¿eh?

—Yo no dije eso, ¿cree que soy idiota?

—Bien, aún le falta el resto.

—¿Hubo algo más?

—Ya puede jurarlo. Cuando todo terminó, el maldito fantoche se volvió de espaldas al altar negro. Éramos quince o veinte papanatas en la sala. Él paseó su mirada por todos nosotros y al fin habló… y lo crea usted o no, dijo en voz alta lo que yo estaba pensando.

Esta vez Grant dio un respingo.

—¿Cómo?

—Leyó mi pensamiento, no me cabe duda. Les dijo a todos que yo era un intruso, un farsante que estaba allí para espiarles… que intentaba valerme de mí amistad con auténticos fieles para traicionarles por cuenta de la Policía. Lo dijo así, abiertamente. Pensé que me sacarían de allí a puntapiés.

—¿Y no fue así?

—Sólo me señalaron la puerta. Pero el santón no bromeaba cuando me advirtió que nunca más intentara siquiera volver allí. De modo que salí a escape y esa es toda mi experiencia.

—Por lo menos vio cosas que nunca antes había visto…

—Y que aún no he comprendido. ¿Cómo diablos pudo…?

—Piense un poco, Shanon. Debería ser fácil para usted caer en la cuenta de la clase de fenómenos que vio.

—¿Quiere decir que sabe usted cómo lo hizo?

—Digamos que tengo algo más que una idea.

El teléfono sonó de repente. Grant descolgó el auricular y escuchó. Steve, intrigado, encendió otro cigarrillo y una vez más pensó en su extraordinaria experiencia. Pero no consiguió desentrañar el misterio que tan claro parecía estar para el inspector.

Repentinamente le oyó hablar con voz tensa y se volvió. Grant colgó el auricular en aquel momento.

—Lo hizo otra vez —dijo rechinando los dientes—. Mató otra vez…

Steve sintió una corriente de hielo en los nervios.

—¿A quién, inspector?

—Berna… Mick Berna. Le cortó la cabeza, como a los otros.

—¡Dios…!

—Y yo llegué a sospechar de él. ¿No es ridículo?

—¿Sospechó de Mick? Pero, hombre, lo peor que podía decirse de él es que estaba casi alcoholizado, pero nada más.

—¿Usted cree?

—Le conocía muy bien.

Grant le observó unos instantes, como dudando entre hablar o no. Al fin dio un vistazo a la escalera, como si quisiera asegurarse de que

las mujeres no podían oírle, y dijo con voz sorda:

—Su amigo Berna era un anormal… aunque él no lo hubiera admitido nunca. Era prácticamente impotente a juzgar por lo que entendí. Pero de vez en cuando olvidaba eso… y entonces podía poseer a una mujer…

—No acabo de comprenderlo, inspector.

—Debía hacerlo mediante la violencia. Más claro; lograba sus deseos cuando podía emplear la fuerza.

—¿Quiere decir que las violaba?

—No exactamente… pero casi. La última mujer que poseyó por ese sistema fue Cindy Allen.

Steve pegó un respingo.

—¿A Cindy? —boqueó.

—Lo confesó después de muchos rodeos, pero por lo que pude comprender, al final ella lo admitió muy bien. Estuvieron juntos toda una tarde… el día antes de que ella fuera asesinada.

—Apenas puedo creerlo.

—Y aparece muerto por ese carnicero. Shanon, no me importa reconocer que estoy desconcertado. Se suceden los crímenes y yo no tengo ni un sospechoso. Bien, tengo que irme.

—¡Espere un minuto! ¿Cuál era la explicación que dijo que tenía para esos experimentos que yo vi?

Grant se detuvo un momento. Esbozó una forzada sonrisa y explicó:

—Debería saber que hay individuos capaces de leer el pensamiento, incluso a gran distancia. Se ha demostrado en no pocas experiencias científicas. Pero, además, existe algo que se llama psicocinesis. Yo vi desplazar una mesa sin que nadie la tocara. Y para esa llama espontánea, piense en la piroquinesis… y tal vez llegue a las mismas conclusiones que yo.

—¡Maldita sea!

—Es la única explicación lógica que se me ocurre… a menos que hayamos de creer que fue obra del mismo diablo. Y eso, amigo mío, me resisto a admitirlo.

Se fue rápidamente dejándole mudo de estupor.

Poco a poco subió escaleras arriba, aún inmerso en la angustia por la muerte atroz de otro de los amigos que habían formado aquel grupo, hasta poco antes tan unido y en el que tantas horas alegres pasara.

Los Marden se volvieron cuando él entró en el dormitorio. Steve dijo:

—Yo me quedaré con ella ahora. Es mejor que vayan a descansar ustedes, porque llevan unos días fatales por culpa nuestra.

—En cualquier caso no es culpa de ustedes, Shanon, sino de ese

sanguinario demente. Ojalá puedan detenerlo a tiempo, antes que vuelva a matar.

Él se abstuvo de decirles que ya había matado otra vez. Esperó a que salieran, y entonces se sentó en la cama y besó suavemente los labios de la muchacha.

—¿Cómo te sientes, linda?

—Mejor. ¿Cuándo terminará esta pesadilla, Steve?

—No lo sé. Nadie lo sabe, pero voy a sacarte de aquí, cariño. Te llevaré a mí estudio tan pronto amanezca.

—¿Crees que allí estaré más segura?

—Ya puedes jurarlo. Está en un ático, y como ese maldito no tenga alas ya me dirás cómo podrá llegar a aquellas alturas.

—Ya no sé qué pensar…

—No tienes que pensar en nada, excepto que te quiero y que no permitiré que ese engendro de Satanás te haga el menor daño.

—¿Por qué me odia tanto, Steve, sea quien sea?

—Se lo preguntaré si alguna vez puedo echarle la vista encima.

—No bromees.

Él la miró con ternura. Volvió a besarla y la muchacha se acurrucó entre sus brazos, estremecida.

—Éramos tan felices tú y yo —suspiró—. Y de repente se desencadena esta pesadilla y todo nuestro mundo se hace añicos. Para mí ya no queda nada de nuestra pandilla…

Steve no replicó. Sabía que ella tenía razón, que todo a su entorno había cambiado, se había hecho pedazos y nada volvería a ser como fuera antes de que aquello empezara.

Sólo murmuró poco después:

—Tú y yo somos los mismos, nuestros sentimientos no han cambiado en absoluto, así que seguiremos viviendo y disfrutando de todo lo bueno que la vida puede ofrecernos, le guste a ese matarife o no.

—Steve…

—¿Sí, linda?

—¿No tienes miedo?

—¡Maldita sea mi estampa! Claro que tengo miedo. Hay ocasiones en que siento como si ese engendro me vigilara. Es una sensación escalofriante, pero solo eso: una sensación. Miro a mí alrededor y no hay nadie, pero sé que me espía… Debe haberme incluido en su lista. Pero a mí no me sorprenderá desprevenido, nena —terminó, dominando su ira.

—Pero es horrible vivir acosados de este modo.

—Por eso quiero llevarte conmigo. En mi estudio habrá de entrar por la puerta si quiere llegar hasta nosotros… y allí estaré esperándole.

Ella ladeó la cara y le miró fijamente. Con voz queda susurró:

—¿Y si a pesar de todo viniera, Steve?

Él no titubeó.

—Le mataría —dijo.

—¡Steve!

—Le mataría antes que pudiera hacerte ningún daño. Sé que lo haría… sé que lo haré si me da la menor oportunidad.

Liz se estremeció.

Hubo otro largo silencio. Luego, inesperadamente, la muchacha exclamó:

—Habré de volver a mí casa antes de irnos, Steve, y me aterra la idea de entrar ahí…

—¿Para qué tienes que ir?

—Bueno, no puedo irme a vivir contigo con lo puesto por todo equipaje. Necesito ropa… cosas, ya sabes.

—Ya veo. Pero tampoco necesitas todo un ajuar. Yo iré y te traeré algunas ropas. Después, cuando hayan pasado algunos días más, podrás ir a buscar lo que quieras. Para entonces la cosa ya no será tan violenta para ti, supongo.

—¿Sabes que pienso?

—Dímelo.

—Venderé la casa. No podría volver a vivir en ella después de esta horrible experiencia. Y menos, sola en ese caserón… La venderé, estoy decidida.

—Me parece muy bien. Así tendrás aún más dinero, cosa que me conviene.

—¿De qué hablas? Yo siempre supe que eras un cazadotes…

Él se echó a reír, íntimamente satisfecho de que ella reaccionara tan bien, olvidando los terrores.

—Forrest me acusó de serlo delante del inspector. Dijo que yo me acostaba contigo y te sacaba los cuartos.

—¿De veras dijo eso? Es un saco de vanidad, envidioso como el demonio. Pero tenía razón en parte. Te acuestas conmigo.

—Y seguiré haciéndolo cuando te tenga en lugar seguro.

Ella le abrazó, y abandonada en sus brazos ciertamente olvidó el miedo, lo olvidó todo excepto el amor y el deseo.

También olvidó que la pesadilla aún no había terminado.

CAPÍTULO 12

Cuando salió de la casa el alba apenas se insinuaba, ahogada por la niebla.

Quedaban algunos agentes de uniforme recogiendo los focos con que habían alumbrado aquel escenario de muerte. Steve se acercó a uno de ellos, señaló al otro lado de la calle y dijo:

—Voy un momento ahí delante. ¿Quién de ustedes va a quedarse custodiando esta casa?

—Mi compañero Parkins.

—Muy bien, yo volveré en unos minutos.

Atravesó la calle, abrió la puerta de la casa de Liz y entró. Encendió las luces y miró en torno. Tenía la sensación de que nunca antes había visto aquellas paredes.

Era algo extraño, como si en pocos días todo fuera distinto allí dentro.

Sobrecogido a su pesar, subió la escalera. La habitación de Liz era la primera a la derecha del pasillo. Se detuvo un instante, recordando cómo la había encontrado tirada en el suelo, inconsciente después de ver el sangriento despojó de su hermana.

La puerta de aquel cuarto continuaba abierta, y estaba también abierta la del fondo, que correspondía al estudio de Cindy.

Dio vuelta al interruptor de la luz del pasillo. Iba a entrar en el dormitorio cuando vio algo oscuro en el suelo.

Un repeluzno de espanto le paralizó. Era un guante negro rígido de sangre seca.

Paso a paso, como hechizado, se acercó a su descubrimiento.

No se había equivocado. Era un guante negro y se había empapado de sangre.

Sin tocarlo, se irguió, mirando en torno con una creciente inquietud extendiéndose por todos sus sentidos.

Sabía lo que ese hallazgo significaba, estaba seguro de ello.

El asesino había pasado por ese pasillo poco tiempo antes, seguramente después de matar al policía…

Se deslizó cautelosamente hacia el estudio. Encendió la luz, pero allí todo estaba en orden. No vio nada inquietante, como no fueran las atroces pinturas que Cindy había colgado en las paredes

recientemente, sustituyendo incluso algunas de las suyas.

Volvió atrás, para dar un vistazo al dormitorio de la muchacha muerta.

Allí todo estaba como lo dejaran los policías.

Desconcertado, intentó adivinar qué había buscado el asesino en aquella casa. Quizá ocultarse después del asesinato del guardia, aunque eso tampoco parecía lógico porque nada le acució después del crimen…

No obstante, debía informar al inspector cuanto antes. Se fue resueltamente hacia el dormitorio de Liz, buscó una pequeña maleta en un gran armario empotrado, y comenzó a llenarla con las prendas que sacó de los cajones.

Entre sus dedos, las delicadas prendas íntimas le produjeron un efecto enervante, tal vez agudizado por la tensión de sus nervios.

Iba a cerrar la maleta cuando le pareció escuchar un leve crujido, un sonido lejano, pero audible.

Permaneció muy quieto, escuchando con todos los sentidos.

Y entonces lo oyó de nuevo, aunque no fue más que un roce, algo apenas audible. Lo sorprendente es que parecía haber resonado sobre su cabeza.

Abandonó la maleta y salió al pasillo. Toda la casa estaba silenciosa, pero entonces, escuchando tenso como un cable, captó los mil rumores en los que jamás antes había reparado.

El crujido de un postigo mal cerrado, el tenue barrenar de una carcoma en cualquier madera o el soplo del viento en una rendija…

Y el roce sobre su cabeza.

Algo se movía. Algo que no era ni un soplo de aire ni una carcoma, ni el crujido de una ventana.

De repente, cayó en la cuenta de que la casa tenía una buhardilla. Podía apreciarse desde la calle, aunque nunca le prestara atención.

El escalofrío del pánico le dominó un largo instante. Después, con extremada cautela, recorrió todo el pasillo, más allá del rellano donde terminaba la escalera.

En aquella parte del edificio había unas habitaciones que no se utilizaban, y al final de aquel tramo de pasillo, una estrecha escalera.

Ahora recordaba que en una ocasión, hacía mucho tiempo, Liz le había mencionado la buhardilla como un lugar donde se amontonaban enseres inservibles, al que se accedía por aquella escalera.

Se detuvo allí, conteniendo el aliento, escuchando con una creciente oleada de espanto creciendo en torno cual una cosa tangible, sólida.

Pensó que no disponía de arma alguna, y que si era el criminal quien se ocultaba allá arriba, él sí estaría armado.

Armado con un cuchillo que ya había demostrado su efectividad.

La escalera era un pozo de sombras y él ignoraba si arriba habría alguna luz. No captaba ahora el menor ruido, y el pesado silencio era, quizá, tan inquietante como el roce que oyera antes.

Rechinó los dientes, colérico contra sí mismo. Pensó en Liz, en la amenaza, en la inquietud permanente en que vivían…

Empezó a subir pisando como un gato, peldaño a peldaño, hundiéndose en las tinieblas y con los nervios tensos como cables.

Llegó al final de la escalera sin que nada sucediera. Había una pequeña puerta entornada y cuando se asomó vio los oscuros bultos de los trastos abandonados allá arriba quién sabía cuándo. También descubrió dos ventanucos en el techo de pronunciada inclinación, por los cuales se adivinaba la naciente luz del día.

Empujó la puerta y se deslizó dentro, cauteloso, tenso, dispuesto a enfrentarse contra el mismo diablo si con ello terminaba con la amenaza que pendía sobre Liz.

Casi contenía la respiración a medida que se internaba por entre aquel laberinto lleno de polvo. Se detuvo al lado de la ventana más próxima, habituando los ojos a la escasa luz.

Fue al reanudar el camino que vio aquello y sintió que los pelos se le ponían de punta. Ahogó un quejido y sus piernas se aflojaron.

Sobre un bulto que podía ser una antigua mesa, la cabeza de Cindy parecía mirarle con sus ojos fijos, desorbitados, muertos.

En el primer instante sintió tentaciones de ponerse a chillar como una mujer. Luego, rechinando los dientes, se dominó.

No alcanzaba a comprender la maldad insana del criminal guardando el atroz despojo, y guardándolo precisamente allí, en la casa de su víctima.

Y aquellos ojos fijos, como de cristal, vigilándole desde la muerte…

Como de cristal…

De un salto llegó donde estaba la cabeza y se agachó.

Algo helado culebreó por su espina dorsal. Luego, algo mucho más profundo y aterrador estalló en su mente como un cohete.

Tendió la mano, que temblaba de un modo lamentable, y tanteó aquella cabeza, aquella cara que no era rígida.

—De modo que es eso… —jadeó, ahogándose de angustia.

Se irguió, y en aquel instante oyó el rumor y se volvió como una fiera, enfurecido hasta la locura.

Y allí estaba, a pocos pasos de distancia.

A la débil luz vio solo una silueta negra, informe, como flotante. Era algo siniestro por su significado.

CAPÍTULO 13

—Era un buen escondrijo —masculló con voz débil.

—Nunca debiste venir aquí, Steve.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Sólo puedo hacer una cosa. Tú eras el último… pero lo has precipitado todo…

—Claro, antes, Liz.

—¡Sí, maldita sea! Ella… tenía que enloquecer de terror. Después la habría matado también. La mataré de todos modos, pero tú debías verlo… sufrir, morirte de dolor y angustia…

—Estás loca, Cindy. Tramar esta pesadilla sin sentido, asesinar a sangre fría a quiénes eran tus amigos, y solo para… ¿Para qué, si es que lo sabes?

—¡No eran amigos míos!

Shanon retrocedió un paso cuando ella lo avanzó. Ahora podía ver que se cubría con una larga e informe capa negra, pero de entre los pliegues de la capa emergía un brazo desnudo, y en la mano de ese brazo chispeaba el acero del cuchillo.

Con voz chirriante, ella añadió:

—Puedes pensar que los has matado tú, Steve. Tú eres la causa del odio, del despecho… porque yo te amaba. Tú eras mío. ¡Mío, Steve! Y me despreciaste para ir a revolearte con mi hermana. Entonces supe lo que era el odio, y el rencor… y la desesperación.

Dio otro paso adelante, agazapada. Esta vez, Sha— non no se movió.

—Deja ese cuchillo, Cindy.

—Lo dejaré… enterrado en tu corazón. Ella no volverá a gozar contigo nunca más.

Dio otro paso, balanceando su arma, la voz silbante, jadeando como un fuelle a causa de la excitación.

Entonces la capucha de aquel manto negro que la cubría cayó hacia atrás. Los ojos le brillaban de un modo que daba grima. Eran tan desorbitados, tan fijos y cristalinos como los de la falsa cabeza.

—A mí no podrás sorprenderme, Cindy, y no voy a dejarme matar solo para satisfacer tu locura. ¿No comprendes que todo ha terminado? Suelta el cuchillo… No te condenarán, ningún tribunal…

—¡Cállate! Nada me detendrá.

Shanon la vigilaba ahora como un halcón, esperando el menor descuido, el más leve desfallecimiento para atraparla.

Dominó la ira de su voz y masculló:

—No quiero hacerte daño, Cindy. Sólo tira el cuchillo y deja que se ocupen de ti. Te cuidarán, me ocuparé de eso.

—¡Nadie me encerrará en un manicomio! ¿Crees que estoy loca, es eso lo que crees?

—Completamente loca. Nadie en sus cabales derrama tanta sangre por nada.

—¿Por nada, de veras crees que por nada?

—No puedes obligar a un hombre a que se enamore de ti por la fuerza. La mente y el corazón son libres, Cindy, y yo quiero a tu hermana. Además, admito que me odies a mí, pero, ¿por qué a Liz, por qué al pobre Dunhill, y a Berna… y a la mujer que asesinaste para que creyeran que su cuerpo era el tuyo? A ellos no podías odiarlos.

—Era una cualquiera…

—¡Era un ser humano, Cindy! Igual que los otros…

—Dunhill moldeó mi cabeza. Me ayudó a confeccionar después la mascarilla de látex…; no podía dejarle vivo.

—¿Y Berna?

—¿Quieres saberlo, Steve, quieres saber todo lo que me hizo, todo lo que me obligó a hacer?

—No, Cindy. Es inútil hablar de…

—¡Tenía que matarlo! —rugió de pronto—. Todo lo más abyecto… lo más sucio. Me golpeó, y le golpeé… y lo hice todo. Me sentí sucia, y lo hice. Y después descubrí que me había gustado, que sentirme abyecta y degradada y sucia me gustaba… Él lo hizo. Contigo todo hubiera sido diferente, limpio y bueno… ¡Tenía que matarlo!

Dio dos pasos más. Agitada, los ojos saltándose de la cara, pareció sorprendida de que él no saltara hacia atrás.

La suerte de capa que la cubría se deslizó entonces de sus hombros. A la naciente luz del día Steve se encontró delante del cuerpo desnudo y apenas pudo creerlo.

Luego comprendió. Dijo con voz como un chirrido:

—Lo planeaste todo, ¿no es cierto? Hasta matar desnuda…; es más fácil lavar la sangre de la piel que de las ropas…

—La tuya la dejaré sobre mi cuerpo. Serás mío a través de tu sangre…

—Ya basta, Cindy.

Ella balanceó el cuchillo. Steve leyó su determinación de matar en aquella mirada demencial. Pensó con amargura que tendría que matarla él si quería vivir y la idea le dio náuseas.

El grácil cuerpo desnudo se movió de nuevo, cauteloso, tenso, listo para brincar sobre él.

Desesperado, miró en torno.

En aquel instante ella descargó el golpe. El cuchillo centelleó como un relámpago y él saltó hacia atrás, esquivándolo por una pulgada.

Sus piernas tropezaron con una silla acolchada y rodó por el suelo arrastrando la silla.

La muchacha dio un grito y se lanzó sobre él con el acero por delante.

Shanon rodó sobre sí mismo. Oyó el seco golpe del cuchillo contra las tablas del suelo. Se apoyó en la silla y consiguió levantarse de un brinco, mientras gruñía como una bestia salvaje.

—¡No me obligues a matarte, Cindy! —rugió—. ¡No me obligues…!

—No podrías hacerlo aunque quisieras.

Volvió a avanzar. El levantó la silla en el aire y Cindy se detuvo. Una risa escalofriante gorgoteó en su garganta.

Shanon volteó la silla y la arrojó con todas sus fuerzas… contra la ventana más próxima.

Hubo un tremendo estrépito de cristales rotos y la silla y parte del ventanuco desaparecieron. Oyó como golpeaban contra el tejado antes de precipitarse a la calle.

La muchacha miró la ventana rota, perpleja, incrédula.

Siguió riéndose y de nuevo se movió.

—¡No tienes valor, no te atreves siquiera…! Por lo menos, Berna sí lo tenía…; él me habría matado… si hubiese podido.

—Pero fuiste tú quien le mató.

—Porque puse una droga en su *whisky*… Le hice pagar todo… todo lo que me obligó a hacer…

—Antes dijiste que te había gustado.

—¿Y qué si me gustó?

Volvió a avanzar y él retrocedió.

Era el juego del gato y el ratón… era el juego de vivir o morir.

—Cuando llegues a la pared, Steve, ya no podrás retroceder más —chirrió ella entre dientes—. Entonces te mataré… podré revolearme en tu sangre… serás mío…

En alguna parte de la casa empezaron a oírse voces, y ruido de pasos precipitados.

Shanon no pudo contener un suspiro de alivio. Lo había conseguido.

Ella se inmovilizó al oír el estrépito de la gente que subía las escaleras.

—La silla… la tiraste para llamar la atención…

—La atención de los policías que estaban al otro lado de la calle, Cindy. Ahora todo ha terminado.

—¡No, maldito seas!

Saltó como una pantera contra él. Steve esquivó el cuchillo y descargó un salvaje trallazo, y el golpe contra un lado de la cabeza tiró a la muchacha dando tumbos contra la pared.

Cayó de rodillas, aún aferrada a su cuchillo, pero se levantó como impulsada por un resorte.

Entonces, tres policías uniformados irrumpieron en la buhardilla, jadeando por la carrera escaleras arriba.

Steve gritó:

—¡Sujétenla, pero cuidado con el cuchillo!

La rodearon agazapados, sin comprender nada aún. Luego, la feroz muchacha atacó al más próximo y este atrapó su muñeca armada y volteándola en el aire la derribó.

Aullando, Cindy aún peleó como una pantera. Les costó lo suyo colocarle esposas en las muñecas y los tobillos, y cuando al fin se levantaron de aquel revoltijo de brazos y piernas, uno tenía la cara hecha unos zorros, y otro sangraba con profundos arañazos en el cuello, y el tercero maldecía en todos los tonos.

Shanon se recostó contra la pared. Sentía las piernas tan flojas que apenas le sostenían.

Al fin gruñó:

—Llamen al inspector Grant y llévensela de aquí. Creo que voy a vomitar.

Tuvieron que arrastrarla. Los alaridos, insultos y voces se perdieron al fin.

Ahora sí, todo había terminado.

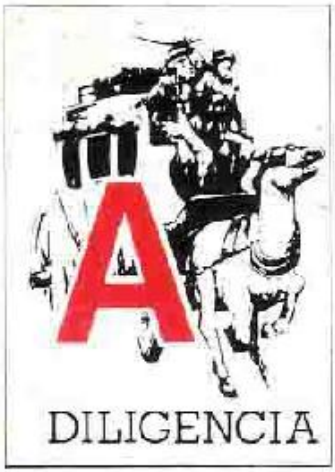
Steve se quedó un largo instante mirando la falsa cabeza, moldeada por Dunhill y que había significado su sentencia de muerte, y finalmente abandonó la buhardilla apresuradamente.

La pesadilla, la larga angustia y la incertidumbre ya no existían.

Ahora solo quedaba Liz, su amor y el futuro.

Steve Shanon echó a correr escaleras abajo.

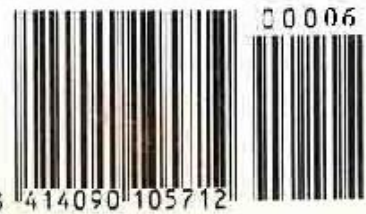
FIN



ASTRI-

OESTE

LA COLECCION
DE LOS MEJORES AUTORES
Y RELATOS DEL WESTERN.
CADA SEMANA EN SU KIOSCO.



P.V.P. 110 ptas.

Table of Contents

Título página
CAPITULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13